



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DE TEORÍA EN EL ESTUDIO DE LA LITERATURA

TESINA PROFESIONAL

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURA

MODERNAS FRANCESAS

PRESENTA

DANIEL ROJAS PLATA



ASESOR LIC. GERMÁN FRANCO TORIZ



MÉXICO, D.F.



M. 339929



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

MEPHISTOPHELES: Grau, teurer Freund, ist alle Theorie und grün des Lebens goldner Baum.

Johann Wolfgang Goethe. *Faust*.

Faust affirms experience in/of the sensible world with all its attendant dangers. As emblem of the modern subject, split into an intrinsic self of reflection (theory) and an extrinsic self of action (praxis), Faust embodies the subject for the Humanities: a configuration of narrative, interpretative and deliberated discourses under the sway of reason, all of which promise to "rediscover" rather than discover "meaning" and, assisted by these discourses, to develop the individual.

Reingard Nethersole, "The priceless interval: Theory in the global interstice"

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el contenido de mi trabajo recepcional.

NOMBRE: Daniel Raúl Peña
FECHA: 5/01/05
FIRMA: [Signature]



ENTREGO
DOS EJEMPLARES
DE TESIS
NO ADEUDA
MATERIAL EN
BIBLIOTECA CENTRAL

INTRODUCCIÓN

“Teoría literaria es...”, tal es el proemio que guía una buena parte de los ensayos *volcados* sobre teoría literaria, y digo *volcados* porque, lejos de resultar una aproximación analítica o una exposición comentada de la actuación teórica en el estudio de la literatura, regularmente tienden a capear cualquier mínima reflexión y acuciar hacia una opinión desilusionada de lo que ella ha viciado: la crítica literaria. Así, tenemos por ejemplo que

Según dictados de la nueva ortodoxia, no hay crítica sin teoría, de modo que cuando no es autóctona se la importa, sin que medien para impedirlo las diferencias de lengua o espacio ni las circunstancias que las originaron. (Venier 2002, 6)

Otros autores apuntan que

Thus Theory is attacked as a totalizing discourse that seeks to control the practice of literary interpretation by constructing a general account of interpretation. Others critics, particularly in present-day South Africa, regard theory as a repository of Eurocentric ideas with which an incorrigible imperialist west attempts to recolonize an African mind. (Nethersole 2001, 33)

En discursos menos destemplados, encontramos que “La distinción entre Teoría y Crítica ha de hacerse atendiendo a naturaleza y función de las mismas. La teoría literaria es característicamente ideológica, doctrinal y preceptiva o prescriptiva.” (Aullón de Haro 1994b, 17) Sin embargo, más importante que el simple disfavor que orienten sus detractores, nos encontramos ante una problemática de mayor envergadura que tiene que ver con la teoría literaria y el hecho de saberla precisada, crearla asimilada, remirla vejada, suponerla sobrepasada, y encontrarla obsoleta, muerta y enterrada.

Theory, now, is concerned *not* with interpretations of texts; is a domain as yet *unnamed*; is not philosophy in the current sense and its most interesting works do not explicitly address literature. Literary theory, in Eagleton's opinion, is a '*non-subject*' [...], definitions of theory will often appear begotten by despair upon impossibility (Smallwood 1997, 379)

Después del notable desarrollo que mantuvo en los años sesenta y setenta —por referir uno de los momentos más a la mano—, actualmente hallamos una situación más bien estancada de esta disciplina a pesar del enorme corpus que forman sus textos y del fructífero encuentro que ha significado su incursión en el estudio de la literatura (cf. Ellis 1974, 23). A este respecto, no hay que olvidar que es gracias a este contacto que el análisis de la obra literaria ha resultado en una pluralidad de discursos y que el conocimiento que se tenía de ella ha devenido a un mismo tiempo más comprensible y vasto. La teoría representa, pues, una apertura al conocimiento de la literatura cubriendo un radio mucho más amplio que la simple investigación circunscrita a los márgenes del texto, aunque esto vaya también en detrimento suyo.

Sin lugar a dudas, la teoría literaria desempeña un papel en la literatura, o cuando menos se infiere. Pero, ¿en qué modo se presenta su participación? ¿Cuál es su objetivo en los estudios literarios? Valiente pronunciamiento de no menos atinada incertidumbre, cuya respuesta, no obstante, haríamos bien en buscar con circunspección toda vez que el camino que nos conduce a ella resulta en sí capital para nuestra investigación. Partiendo de lo que es comúnmente admitido, no es raro encontrar que

la teoría de la literatura tiene por objeto de estudio las causas, factores y elementos que determinan la naturaleza específicamente estética de la obra de arte verbal, es decir, de los textos literarios, sus indagaciones deberán encaminarse a dar repuesta puntual de cada uno de estos factores. (Rubio Martín 1997, 476)

De este propósito, altivo pero noble, quimérico quizás, quijotesco en todo caso, que es *encontrar de la literatura su naturaleza*, el inveterado libro de Wellek y Warren, *Teoría literaria*, ya había apuntalado sus bases a mediados del siglo pasado. Se trata de una atribución básica que recorre gran parte del concepto teoría en la literatura, en donde, por otro lado, no podemos dejar de observar una especie de definición circular, puesto que el estudio de ésta parte del estudio de la literatura misma, decir lo que es por lo que es el otro, teniendo que recurrir a un antecedente para adquirir forma. Terry Eagleton menciona incluso que

En caso de que exista algo que pueda denominarse teoría literaria, resulta *obvio* que hay una cosa que se denomina literatura sobre la cual teoriza. Consiguientemente podemos principiar plateando la cuestión: ¿qué es la literatura? (Eagleton 1983, 11) [Nuestras cursivas]

Mas por qué ese *obvio* recurrir a aquélla para analizar ésta, cuando no tenemos claro lo que implica ninguna. Se espera que la definición, límites y actuación de la teoría se desprendan luego de picar piedra en la obra literaria, sin conocer siquiera sobre lo que se trabaja — porque ¿qué es literatura?—, resultando por tanto no una práctica encauzable sino una obligación parasitaria que a lo mucho detenta un rol testimonial. No hay método en esta concepción de teoría, dado que no se sabe cómo atacar su objetivo, ni herramientas, ni estrategia para acercarse, ¿adónde, a qué?, ni siquiera se posee un esbozo de lo se es y se tiene que recurrir a lo que el otro pueda decirnos. Tampoco hay que ir muy lejos para evidenciar una carencia básica en la formulación de teoría literaria. Detrás de los avances que sus textos puedan comunicar, o incluso detrás de su contacto con la literatura, la inquietud primaria sigue siendo: ¿qué es llanamente *teoría*?

La teoría no es naturalmente una invención atribuible a los estudios literarios, es más, el empleo en este campo, remirado como simple referencia, hace pensar en una dudosa adscripción, la cual no corresponda quizás al fenómeno que intenta aludir. Quizás aquel corpus de textos teóricos mereciera otro nombre patronímico, o quizás algún cierto tipo de crítica podría dar cuenta de esta manifestación de mejor manera. En realidad, de lo único que podemos estar convencidos es que el vocablo "Teoría literaria" refiere, o intenta referir, una cierta práctica diferenciable, o a lo menos distinguible, de otras instancias de hipótesis análogas presentes en el estudio de la literatura, y guarda además una semejanza con un concepto que podemos encontrar en otras disciplinas como las ciencias exactas, naturales o sociales. Con lo cual podemos decir que

De hecho, la teoría literaria es teoría antes que otra cosa; el teórico de la literatura es ante todo, o debiera serlo, un teórico entre otro tipo de teóricos.[...] Su actividad tiene mucho más en común con lo que hacen los demás teóricos en otros campos de la investigación teórica que con la de los críticos. (Ellis 1974, 22-23)

Se trata de una precisión que convendría tener presente en lo futuro. Teoría es más bien una noción de estudio que puede encontrarse en distintas áreas de conocimiento así como admitir desdoblamientos o variaciones profundas en su conformación, aplicabilidad y uso, por lo que un análisis exclusivo de ella, en tanto competencia aislada, se hace necesario e ineludible a fin de establecer un primer jalón en su conformación, desempeño y posterior contacto con la literatura, que es precisamente el momento en que adquiere características calificables en teoría literaria. Hacia ello apuntará la primera parte de nuestra investigación, para a continuación abordar las características propias que atañen a la teoría en la literatura, de entre las que es preciso subrayar su constitución en escuelas y corrientes, una praxis bastante difundida y que parece dominar el panorama teórico.

En efecto, la posibilidad de caracterizar en una competencia puramente exponencial a la teoría, exponencial en un sentido clasificatorio y al mismo tiempo pedagógico, ha cobrado una fuerza de la que es imposible desentenderse. Como lo explica Alain Viala, el concepto y empleo de teoría literaria equivaldría actualmente a una asignatura contenida en el tronco común de los estudios universitarios.

Selon mon expérience, donc, il me semble que la théorie littéraire aujourd'hui est établie dans les usages universitaires. [...] En France, en Grande-Bretagne, ou en Amérique du Nord, les formations de III Cycle ou moins, et souvent même d'autres enseignements plus précoces dans le cursus, proposent couramment des cours ou des séminaires de théorie littéraire. (Viala 2002, 203)

Esta postura aparece igualmente en un texto clásico de Paul de Man, *La resistencia a la teoría*.

¿Es la productividad didáctica la recompensa, por así decirlo, por lo acertado de la teoría, o es la compensación o la excusa de ciertas exclusiones teóricas? [...] Disociar por completo la fuerza didáctica de un método de su firmeza epistemológica sería absurdo: teóricamente, una teoría que es fiel a su objeto se presta mejor, a largo plazo, a ser enseñada que una que no lo es. (De Man 1986, 49)

Y aunque aquí de Man relativiza la sentencia asumiendo que en todo conocimiento se encuentra inscrito un potencial pedagógico, opiniones ulteriores se han ido afinando y consolidando a medida que una clasificación posible del corpus teórico ha demostrado ser de un beneficio inmediato para su entendimiento y establecimiento, hasta el punto en que se pueden observar vertientes claramente diferenciadas de lo que por teoría literaria se entiende. Así, no es raro encontrar posturas que señalen el objetivo de la teoría literaria como la búsqueda de las relaciones de base y los elementos endémicos de la composición literaria, colindando con posturas que circunscriben tal participación teórica en una exposición detallada de su evolución a través de distintos momentos y lugares. Es decir, nos encontramos ante dos acepciones que no es sino una: por un lado, el concepto de teoría

legado por Wellek y Warren y, por el otro, el establecimiento de una teoría literaria. La solución ecléctica a tal disyuntiva, antes que descalificar cualquiera de las dos, es asignar el epíteto de “moderno” a la relación de obras que conforman los diferentes *ismos* teóricos.

Ann Jefferson y David Robey apuntan que

modern literary theory is different from writer's speculations about their art, although such speculations may have influenced it. What writers think about literature in most cases has a limited bearing on the way in which critics and scholars approach the subject. (Jefferson 1986, 7)

Así, divagar acerca de la naturaleza de la literatura es lícito desde una aproximación estética, aunque no sea la manera “moderna” de entender el quehacer teórico. Ahora bien, antes que argumentar la anulación de este matrimonio forzado, es preciso reconsiderar el surgimiento de ambos bandos y de su establecimiento como posibilidad de estudio frente al hecho literario, a modo de aislar el problema que es necesario atacar. Si hablamos de teoría en el estudio literario, ¿es imprescindible reducir aquélla a un tipo de razonamiento abocado a la búsqueda de los lineamientos de la experiencia estética ante la obra de arte, o lo es adscribirla a la égida colegiada que concibe su utilidad a partir del consenso de escuelas —no todas seguramente—, pensadores y momentos trascendentes que para la comprensión de sus mismos modelos pueda llegar a ofrecer? Se trata sin duda de una pregunta huera y partidista, que no obstante, deja entrever el origen de la problemática: el hecho de que existen textos teóricos sobre los cuales se arrellanan las posturas. Es el uso que se haga de este corpus de textos cobrados en teóricos el que bifurca en dos direcciones, alejadas notablemente una de otra, el concepto de teoría. Evidentemente, esta inquietud tiene mucho de la vieja escuela que hace necesario el implemento de divisiones y agrupaciones al interior de una marea confusa, aunque por otra parte, sea imposible

continuar sin la ayuda de estas marcas que nos sitúan en nuestra prosecución. Se trata de una encrucijada, pues si, por una parte, tales distinciones resultan en algunos casos útiles, por otra, ¿la actividad teórica se reduce a advertir estas corrientes?, ¿la institucionalización teórica es el modo consagrado de las antiguas disertaciones ocurridas alrededor de la naturaleza de la obra de arte? Como tal, éste será otro de los puntos que tocaremos en el decurso de nuestra investigación, ya que se trata de un aspecto fundamental para la configuración de teoría en el estudio de la literatura. Su confrontación nos permitirá examinar el concepto de teoría a través de su establecimiento como una colección de pensadores y obras.

Como ha podido observarse, uno de los factores a tener en cuenta en nuestra investigación es la necesidad de introspección teórica. Ciertamente, en favor de un conocimiento sobre literatura que se cumpliría en el ámbito teórico, habría que remirar con máximo rigor tanto la configuración que ésta muestra así como las definiciones heredadas con que contamos, a fin de compaginarlas y avanzar en su contacto, observación pertinente que nos comunica el mismo término de “teoría”, pues

etimológicamente según el verbo griego, significa “mirar” o “contemplar”, “inspeccionar”, y, en el sentido propio de las operaciones mentales, “*observar con la inteligencia*” e incluso “considerar”. (Aullón de Haro 1994b, 14) [Nuestras itálicas]

En este sentido, teoría difiere notablemente de aquellos conceptos con que comúnmente se confunde, como lo son “especular”, “figurar”, “pronosticar” o “volver metodología”, encontrándose más próxima de actividades cognoscibles, un aspecto de suma importancia al que volveremos en capítulos posteriores. Ahora, a más del anterior esbozo a que nos conmina su etimología, es posible encontrar cualidades emparentadas a su actividad, las

cuales son usualmente referidas como faltas: un desplazamiento libre entre disciplinas, un irrecusable afecto por la subversión de las estructuras y un razonamiento irredento e inquieto. Todo lo cual, lejos de considerarlo una deficiencia, manifiesta más bien una participación más larga, compleja y rica que la anunciada al comienzo, la cual sería un grave error desatender y más aún menospreciar. Por otra parte, la mención de estos apuntes sobre teoría no presupone una exaltación de las bondades del estudio teórico. Antes bien, tales aspectos se encuentran presentes en los textos de teoría literaria y no se necesita de mucho esfuerzo para hallarlos. Luego, dirigirse a ellos en forma directa y detallada significa conocer *in situ* su planteamiento e investigar las características que invisten su encuentro con la obra literaria. El tercer capítulo de nuestro trabajo examinará precisamente el planteamiento teórico que presenta un texto clave de los estudios literarios, *De la grammatologie*, de Jacques Derrida. Su participación se hace insoslayable a causa de constituir un "ejemplo", por lo demás sobresaliente, de teoría original, claramente perfilada y que muchos podrían seguramente debatir, argumentar, enmendar, pero no descalificar de teórica.

Partimos, entonces, de que existen textos teórico-literarios y que sus planteamientos promueven un análisis que en momentos excede a la obra literaria para indagar en la literatura misma, su naturaleza, función, etc. Una vez que tengamos un panorama claro de la constitución de teoría como competencia que refiere antes una serie de procesos característicos que una retahíla de planteamientos riesgosos y poco comprobables, podremos entender de mejor manera y mirar más juiciosamente sus textos. Pasado este punto y dado que sería una negligencia de nuestra parte no detener en ello, se hace evidente recapitular a propósito de la función misma que cumple la teoría en el estudio de la

literatura, aunque, y en esto es necesario mostrarse categóricos, no hay que entender la relación entre teoría y literatura en un sentido servil, pues maniataría el potencial y el ejercicio mismo de lo que en teoría hayamos avanzado hasta ese momento. Si bien atacar esta cuestión pareciera corresponder a la inquietud esencialista de *¿qué es literatura?*, debemos advertir que su llamamiento tiene por simple objeto reconocer las manifestaciones que precisemos en el encuentro de “teoría (y) literaria”. En el capítulo cuarto, abordaremos algunos aspectos de la competencia teórica al momento de articularse en el estudio de la literatura.

Finalmente el grueso de los anteriores puntos y la problemática que generan en lo entendido como “teoría literaria”, tienen por objeto replantear este concepto no a través de una aproximación legada y, en algunos casos, sintomática, sino a través de las estructuras y los elementos que la conforman, abocándonos a la primera parte “teoría”, para posteriormente describir el contacto con su objeto de estudio, “literaria”. En realidad, el desconocimiento de y la resistencia a la actuación teórica literaria no viene dado como una incompreensión total de lo que así se expresa. Somos capaces de discernir entre un texto teórico y uno crítico sin mayor esfuerzo, y del mismo modo, podemos articular un análisis de esta índole sobre una obra literaria o sobre la literatura misma sin atenernos a un esquema de fórmulas a seguir. Todo ello apunta a que somos capaces de advertir y desarrollar un planteamiento teórico sólido, pero no de dar cuenta de él pormenorizadamente. Así, el objetivo de nuestro análisis es antes una invitación al pensamiento teórico incursionando en el estudio de la literatura que la respuesta a *¿qué es?*, *¿qué estudia?*, *¿por qué no ha resuelto de una vez por todas qué es literatura?*; el nuestro es antes un ejercicio analítico que una cruzada ontológica; antes un razonamiento que una

literatura, aunque, y en esto es necesario mostrarse categóricos, no hay que entender la relación entre teoría y literatura en un sentido servil, pues maniataría el potencial y el ejercicio mismo de lo que en teoría hayamos avanzado hasta ese momento. Si bien atacar esta cuestión pareciera corresponder a la inquietud esencialista de *¿qué es literatura?*, debemos advertir que su llamamiento tiene por simple objeto reconocer las manifestaciones que precisemos en el encuentro de “teoría (y) literaria”. En el capítulo cuarto, abordaremos algunos aspectos de la competencia teórica al momento de articularse en el estudio de la literatura.

Finalmente el grueso de los anteriores puntos y la problemática que generan en lo entendido como “teoría literaria”, tienen por objeto replantear este concepto no a través de una aproximación legada y, en algunos casos, sintomática, sino a través de las estructuras y los elementos que la conforman, abocándonos a la primera parte “teoría”, para posteriormente describir el contacto con su objeto de estudio, “literaria”. En realidad, el desconocimiento de y la resistencia a la actuación teórica literaria no viene dado como una incompreensión total de lo que así se expresa. Somos capaces de discernir entre un texto teórico y uno crítico sin mayor esfuerzo, y del mismo modo, podemos articular un análisis de esta índole sobre una obra literaria o sobre la literatura misma sin atenernos a un esquema de fórmulas a seguir. Todo ello apunta a que somos capaces de advertir y desarrollar un planteamiento teórico sólido, pero no de dar cuenta de él pormenorizadamente. Así, el objetivo de nuestro análisis es antes una invitación al pensamiento teórico incursionando en el estudio de la literatura que la respuesta a *¿qué es?*, *¿qué estudia?*, *¿por qué no ha resuelto de una vez por todas qué es literatura?*; el nuestro es antes un ejercicio analítico que una cruzada ontológica; antes un razonamiento que una

propuesta. Luego, en nuestra investigación no esperamos encauzar respuestas, sino incitar el movimiento de las preguntas hacia otras direcciones, quizás diversas.

CAPÍTULO I

Teoría no literaria

Partamos de la fuente. El concepto de “teoría literaria”, pese a suponer una aparente ductilidad sémica, resulta ser la mayoría de las veces una ambigüedad. En su decurso, podemos hallar un empleo que pareciera orientar una función determinada, circunscrita a una manifestación crítica caracterizable a la que comúnmente nos remiten los autores teóricos, pero en realidad, como menciona Philip Smallwood,

We read at random of “literary theory”, “critical theory” or just “theory”, in the case of the unqualified noun. [...] We sometimes encounter talk of “critics”, sometimes “theorist” and sometimes “critics and theorists” (Smallwood 1997, 380)

Ciertamente alegar o intentar establecer un término único para una cierta clase de textos y sus autores resultaría categóricamente dudoso, no sólo a causa de la infinidad de matices que se desprendería de lo considerado teórico, sino porque además se estaría eludiendo un paso clave en su determinación que tiene que ver con las particularidades y elementos que la constituyen. La utilización de “teoría literaria”, o mejor dicho su supersignificación, tiene mucho que ver con la referencia a una entidad que se presiente pero que, a falta de mejor explicación, comporta una ilimitación de su dominio, lo cual demuestra que no sólo nos encontramos frente a la incapacidad para precisar los textos que en verdad desarrollan una propuesta teórica, sino que además cualquier formulación ingeniosamente presentada que contenga un cierto grado de explicación ante un fenómeno o cuya proyección parezca demostrarlo, bien puede ser considerada como tal, desbaratando la posibilidad de unidad al

interior de esta disciplina. Luego, la pertinencia del término “teoría literaria” viene dada como una suposición o un presentimiento de algo que circunda los textos aunque no pueda ser demostrada directamente en ellos. A tal punto, la incertidumbre se mantiene como un territorio desavisado, en que la pregunta, lejos de presuponerla hereda, se levanta: *¿Qué es la teoría?*

Tal cuestionamiento resulta más retórico que práctico, pues el concepto en sí no resulta ajeno y es por todos empleado. Notablemente, poseemos toda una literatura constituida como crítica teórica, cuya identidad, lejos de ser puesta en duda, ha tendido más bien a ser nulificada en los estudios literarios. Convendría entonces establecer un primer jalón que actúe en tanto que punto de partida en nuestra investigación. Para esto, resultaría provechoso delimitar la teoría en relación a otra entidad encargada de establecer principios que la contiene o de la cual al menos toma forma: la ley.

Toda ley o teoría tiende a abarcar un número infinito de casos que se agrupan bajo un juicio rector, en el cual se desarrollan los mismos principios y se actúa conforme a expectativas previstas. Esta primera referencia concierne tanto a las teorías sin importar el área de conocimiento a que se refieran —natural, social, etc.— como a las leyes, que existen sobre todo en términos científicos, sin que en ello estribe un juicio de valor hasta el momento. Ahora bien, dado que ambas instancias fungen como sistemas contenedores, al interior de ellas tienen lugar actividades de integración y resolución de expectativas, las cuales son expresadas en una sentencia. Pero ¿cuál es la diferencia entre una y otra entonces? Aunque a primera vista conceptos asimilables a una misma construcción orientada a dar cuenta de hechos o fenómenos, la ley y la teoría no comparten niveles análogos de valor. La diferencia radical entre ambos conceptos reside en que uno es

demostrable en todo momento mientras que el otro no necesariamente (Edwards 1972, 404). La ley, a un tiempo sentencia establecida como principio que explica determinado comportamiento, es ecuación susceptible de ser comprobada mediante la experimentación; en ello radica su carácter de universal, o semiuniversal. Una ley no importando las condiciones aleatorias en que tenga lugar ni las diferentes mediciones a que sea sometida, arrojará los mismos resultados o ejercitará las mismas relaciones. Por su parte, la teoría no necesariamente es susceptible de comprobación. Toda teoría, llámese de conjuntos, de la relatividad, del lenguaje, literaria, es de continuo asociada a una elaboración especulativa y/o empírica de un fenómeno determinado, o a veces indeterminado, que se intenta explicar o de él acercar su razonamiento. Esta apreciación nos conduce a un problema de carencia metodológica, ya que no se trata de un supuesto susceptible a la medición instrumental. Al momento de no ser comprobable —que bien pudiera ocurrir—, la teoría se desarrolla en el límite de la especulación, lo que le significa mantenerse al margen de la aceptación unánime.

De tal forma concebidas, la convención de referir a la ley y a la teoría como parte innegable de los estudios científicos es por demás natural, pues el carácter instrumental y de medición en que éstos se basan cubre los requisitos expresados en la ley, a la vez que contribuye a la participación de la teoría en el ejercicio experimental. El desarrollo de estas estructuras de conocimiento al interior de la ciencia conoce un decurso por demás notable, a grado tal que sea común referir estos términos teniendo un marco científico o de ello aspiracional —¿cientificismo?—, cobrando de él gran parte de su valor, lo cual conlleva repercusiones no sólo de pertenencia sino de pertinencia. Al ser considerado exclusivo de un ámbito científico, el recurso teórico pareciera carecer de fundamento al incursionar en

otro campo que no lo sea. ¿Leyes y teorías explicando procesos sociales, psicológicos, literarios? Ante todo, no hay que ver en tal sentencia más que una alienación ulterior y no de fondo con la ciencia. La teoría puede ser tan propia de la ciencia como de otras disciplinas. Como menciona John Gunnell “‘Teoría’, así como la palabra ‘hecho’, no es en principio un término científico, aunque esto ocurra en el ámbito de la ciencia. Se trata de un concepto metateórico para hablar acerca de ciencia.” (Gunnell 1995, 926) Es, pues, un recurso para investigar un “campo de estudio”, que no para validar las ciencias exactas. Luego resultaría particularmente provechoso partir del concepto de teoría desarrollado en el estudio de la ciencia para indagar en su conformación y actividad sobre su objeto de estudio.

Hemos referido un concepto de teoría por demás general que se centra sobre todo en el aspecto inmediato —entiéndase impresionista— de ésta. Sin embargo, conviene buscar otra aproximación a esta problemática e introducir ciertos términos que nos ayudarán en su estudio como lo son “estructura” y sobre todo “modelo”. Estos llamamientos, lejos de actuar como simples recurrencias nominales, introducen por otra parte una designación necesaria en la representación de teoría. Al intentar esclarecerla como instancia singular y de rasgos particulares, se hace necesario identificar el lazo que se establece entre ella y los anteriores términos, así como marcar la diferencia con aquellos que le son imputables, notablemente “hipótesis” y “propuestos teóricos”.

Primeramente, el empleo de “estructura”, en un ámbito más específico que su recurso habitual, tiene que ver con la manera en que la teoría viene a conformarse a través de procedimientos, que no a través de proposiciones. La estructura representa un campo bien delimitado y establecido en que se observa una organización entre elementos

diferenciales y particulares, regidos por fuerzas de cohesión. En efecto, existe un proceder estructurante al interior de la constitución teórica que

provide a “model” for empirical science in this sense. It uses a specific frame of concepts and principles to depict (represent, reconstruct) a certain range of essential aspects and principles of science, aspects which are considered to be highly significant to understand the inner structure (both synchronically and diachronically) of science (Moulines 2002, 2)

donde “ciencia”, caso particular se entiende, es el objeto de estudio; lo cual no interdice su aplicabilidad sobre otros objetos. El grado último o conceptual de estos procesos es la enunciación de una instancia exponencial definida como modelo. “Cualquier teoría científica está constituida, entre otras cosas, por una clase de *modelos*” (Moulines 2002, 5). En este punto, modelo comparte el grado de estructura de modo genérico, sólo que a su vez posee cualidades distintivas a las cuales volveremos más adelante. Sea por el momento una entidad asociativa de “conceptos y principios”, cuya función principal es (re)presentar un “cierto rango de aspectos” de su objeto de estudio, es decir, exponer características de una instancia superior que se ha dado en llamar “sistema”. Por otra parte,

one creates a model by defining a type of system [...] [donde] a system is defined by a set of state variables and system laws that specify the physically possible states of the system and perhaps also its possible evolution (Giere 1983, 270-271)

Visto desde esta perspectiva, el sistema se encuentra constituido por variables específicas las cuales determinan a su vez leyes aplicables. Por ejemplo, un gas ideal presenta variaciones de presión, volumen y temperatura, las cuales se constituyen en torno a una ley ($PV = KT$) que rige por consiguiente al mencionado gas, es decir, al sistema. De modo que el modelo —la teoría de manera aspectual— forma parte de un principio observacional orientado al sistema que lo origina. Esencialmente, su función al interior de un sistema cualquiera es la de (re)presentarlo y definirlo en términos meramente conformacionales, es

decir, expresar los elementos que lo conforman, por lo que su competencia se postula en tanto que entidad estructurante, una característica de suma importancia que es preciso tener en cuenta.

Ahora bien, existe una derivación originada de la anterior precisión que tiene que ver con esta conformación abstracta. El presuponer un cumplimiento conceptual, elaboración abstracta, de lo enunciado, significa que su correspondencia con un sistema estipulado no se cumple directamente. El modelo no refiere un sistema en particular, aunque puede hacerlo. Ronald Giere explica esto de la siguiente forma.

Viewed as definitions, theoretical models have by themselves no empirical content —they make no claims about the world. But they may be used to make claims about the world. This is done by identifying elements of the model with elements of real system and then claiming that the real system exhibits the structure of the model. Such a claim I shall call a *theoretical hypothesis*. (Giere 1983, 271)

En esta segunda estructura, se puede apreciar verdaderamente una intención por confrontar el objeto con su (re)presentación, ya que el modelo teórico es vertido en una correspondencia real. Las repercusiones de esta postura van más allá que la simple distinción de empleos de la palabra teoría. Como hemos visto, el modelo teórico tiene que ver con la enunciación en términos meramente conformacionales de un sistema dado, lo cual no implica el cumplimiento tácito de lo expresado o su correspondencia directa a elementos observables en este sistema. El paso de esta referencia conceptual a la identificación y comparación específica recae sobre el concepto de hipótesis, en donde realmente se afirma “que el sistema exhibe la estructura del modelo” (Giere 1983, 271). En este grado de aplicabilidad del modelo teórico puede observarse una doble naturaleza del concepto de teoría, que no interdice ni limita su actuación. Claramente la teoría se constituye como una entidad que (re)presenta al sistema, lo cual hace posible una

aplicación de este modelo en forma hipotética sobre su observación. Ahora, si bien tales procesos parecieran corresponder a una misma instancia que da cuenta del sistema y que solamente se distinguen en una desviación de su curso, hay que advertir que tanto la teoría como la hipótesis se constituyen como entidades diferentes en más de un sentido.

Como se puede observar, la utilización de la hipótesis teórica compromete la observación realizada con el objeto de investigación, cuyo resultado consecuente no es otro que la confirmación o la refutación, “[é]stas [las hipótesis teóricas] son verdaderas o falsas” (Giere 1983, 271). En este sentido, concebir enteramente la teoría como hipótesis marcaría su adscripción como dispensable toda vez que no involucra otro parámetro que su asertividad o su falsedad. Sin embargo, hay que recordar que su presencia al interior de un sistema no la compele forzosamente a esta segunda articulación. La teoría puede o no reflejarse en el mundo real, o incluso participar de ambas posibilidades sin la necesidad de entallarse a alguna por entero. Si tal suposición es posible, entonces lo que llamamos teoría se constituiría como una intersección de ambos conceptos, en donde definir los elementos y relaciones de un sistema y organizarlos de manera abstracta representa un paso insoslayable pero no definitivo de la función de teoría en la ciencia y en otras disciplinas. Se trata visiblemente de un debate irresuelto que Mirko Grmek expone de la siguiente manera:

Quel que soit le domaine de la recherche scientifique, les théories valables ne se forgent vraiment que par la confrontation impitoyable avec quelque chose qui ne dépend pas du penseur lui-même. L'élément capital du processus de la découverte scientifique est, sans doute, ce jeu dialectique entre l'hypothèse et une réalité "objective". [...]

Il existe une sorte de tension entre l'esprit théorisant et les "faits" (quelle que soit la définition qu'on donne de ceux-ci), entre la théorie et la pratique, entre l'effort de rationalisation et l'opposition de substrat réel de toute conceptualisation. Et, à notre avis, ce conflit permanent est la source profonde du progrès scientifique, le ressort principal du développement non vraiment répétitif de la pensée scientifique. (Grmek 2001, 8)

Ahora, es conveniente introducir al interior de estas disertaciones en torno a la teoría un concepto que le es característico y que le significa otra gran parte de su relevancia: el "concepto teórico". Como parte fundamental de la estructura teórica, el término teórico define —valga la paradoja— aquello que no puede ser representado más que como concepto. Como explica Raimo Tuomela,

It is no longer a heresy among philosophers that the goals of science cannot really be achieved by purely empirical laws, but *only* by introducing and employing theories containing so called theoretical terms (such as "electron", "gene", "refractory goal response") which are not explicitly definable on the basis of observational concepts. (Tuomela 1973, 1-2)

Se trata de una entidad sujeta a revisión y empíricamente incompleta, lo cual no traduce empero una carencia, sino todo lo contrario. Ella representa una de sus virtudes constituyéndose como una vía inmejorable para mantener asequible el fenómeno, cuya presencia no se encuentra demostrada sensorialmente. Llamamos "gen" a "algo" cuyas características, funciones e interacciones, pese a ser determinadas no valen para su determinación sensible; es decir, nadie ha visto, escuchado o tocado un "gen" de modo directo. Estos términos teóricos, a más de ser un recurso exponencial, evidencian también una condición latente en toda teoría y que forma en sí el modelo de su constitución: teórico/observacional.

No hay duda alguna de que lo que miramos a través de los ojos o percibimos sensualmente existe. La presencia irrecusable de algo queda manifiesta en sí como su existencia tangible. La premisa de que son presencias las que refieren a X y que son accesibles a todo aquel que se dirija a ellas, significa la imposibilidad de debatir la existencia de X o de sus atributos presenciales. Sin embargo, aquellos rasgos imputables a

ciertos sistemas cuya existencia no ha sido observacionalmente demostrada, son descritos como términos teóricos.

Scientific terms can be uniformly dichotomized into theoretical and observational terms so that theoretical terms refer (only) to unobservables whereas observational terms refer (only) to observables. [...] Observational terms are in the partial interpretation account assumed to be either perceptual or empirical terms *stricto sensu*, such as “red”, “hot”, or they are empirical *lato sensu*, such as “water”, “iron”, “volume”, “choice”, “aggression”. (Toumela 1973, 10)

Lo que devela en sí la teoría al interior de un sistema, de manera hipotética o simplemente definitiva, es la presencia de elementos que no son directamente observables, sino tan sólo potencialmente descriptibles; conceptos estos que provienen de una vieja e irresuelta dicotomía al interior de la ciencia. Si por un lado se habla de aquello que es observable, no se hace referencia al acto mismo de observar, es decir, no es preciso poner *in praesentia* aquello que es referido. Aquí “observar” debe entenderse como el acto mediante el cual algo se muestra experimentalmente comprobable, aun si tal comprobación no se realiza de modo directo. Peter Achinstein lo explica así: “Observar X es precisamente observar aquellos rasgos o aspectos de X a los cuales es apropiado prestar atención dados los intereses en juego” (Achinstein 1968, 334). Ante todo debemos precisar que aquello que es no-observable no debe ser tomado como inexistente o inventado, al menos no desde un primer acercamiento. La pertinencia de tal o cual término teórico como constituyente de un sistema no pondera el valor asertivo de uno u otro a su interior. Antes bien, la existencia, no virtual sino potencial, de cada término teórico pone en evidencia la necesidad de referir fenómenos latentes que en un sistema subyacen. Concretamente hablamos de electrón, magnetismo, cuasares y más recientemente energía oscura, conceptos que no pueden ser observados en sí ni siquiera mediante instrumentos. Sin embargo, constantemente se arguye

(Toumela 1973, 10; Achinstein 1968, 336) que si bien la observación *en sí* de estos términos no es dable, es posible verlo *no-en sí*, es decir, indirectamente. “‘Observar (al) X’ no implica necesariamente ‘ver (al) X’, aunque donde no lo implica, sí implica que se ve asociado algo con (él)” (Achinstein 1968, 337), donde aquello que es asociado puede ser del orden de lo particular (manifestaciones relacionadas a), de lo funcional (la influencia sobre), de lo sucesivo (el lugar que ocupa en una sucesión), etc.

En este sentido, si sostengo que *X* no es observable en sí mismo, estoy implicando que, dados ciertos métodos de observación adecuados (los cuales podemos no estar usando en el presente contexto, o bien todavía no se han descubierto), *X* es el tipo de cosa que *podría* observarse independientemente de lo que produce, etc. (Achinstein 1968, 344)

Por lo que mi razonamiento de la presencia de *X* se encuentra impedido por mi propia deficiencia para observarlo, y no por sus cualidades de hacerse patente. Así, se puede inferir que ciertos conceptos son susceptibles de observación en otros contextos y bajo otros parámetros (Toumela 1973, 12).

De tal forma, el carácter negable de lo inobservable deviene fluctuante. En otras palabras, ¿cuál es la manera correcta de observar un objeto? Y más aún, ¿existe una observación que comporte todos los contextos y arroje por sí sola todas las mediciones para nulificar un término teórico? Al contrario, el ámbito de la teoría tiene como corolario el siguiente enunciado: “Objetos inobservables pueden tener propiedades observables y objetos observables pueden tener propiedades no observables” (Toumela 1973, 13).

Las implicaciones de esta afirmación, más importantes que la simple oportunidad de sostener la existencia de “aquello que no podemos ver pero que se presiente”, es la pertenencia de la teoría para inquirir en ello. Y es que ante la presunción de verdadero se yergue el traspuesto de falso, ante lo objetivamente denotado aparece lo subjetivamente

inferido. Esta problemática tiene mucho de perversa dicotomía, y concebir la teoría como campo que promueve tal innecesario debate significa el arraigo a ella. Acerca de esto, John Gunnell acude a Van Fraassen para afirmar que

theoretical claims, by which he (Van Fraassen) largely means claims about unobservables, are meaningful, have truth-value, are not literally construed, and cannot be reduced to observables. [...] he also argues that a theory need not be true to be good, that is, solve problems and save the phenomena". (Gunnell 1995, 931)

Si bien es cierto que se podrían alegar presencias inefables al interior de un sistema, es necesario apuntar que proponer no es lo mismo que *inteligir*. Gunnell apunta a un valor latente en el término teórico que va más allá de su llana asertividad. En esta postura Silvana Borutti concuerda también al afirmar, siguiendo a L. Laudan, que

la valeur et la rationalité des théories n'est pas une question de vérité, confirmation, corroboration; l'épreuve essentielle de toutes les théories est plutôt "de se demander si elles apportent des solutions appropriées à des problèmes significatifs" (Borutti 1990, 372-373)

Verdad no es sinónimo de valor. Puesto que algo no es importante en sí sino como medio para explicar algún fenómeno, la certeza no se levanta como necesaria, como objetivo mismo de su existencia. Lejos de promover una escisión teórica que nulifica el recurso teórico, puede percibirse un replanteamiento de su conformación y objetivos, el cual refleja de igual forma un replanteamiento de los principios y posturas de la ciencia en general en relación a la objetividad que históricamente estaba determinada a comunicar. Como tal, la objetividad y el estatus de verdad científicos, vía la teoría, son puestos del mismo modo bajo observación (Gunnell 1995, 927).

Uno de los últimos aspectos que nos ocupan de la teoría es que, a causa de lo anteriormente comentado, ella se encuentra indefectiblemente ligada a una particular explicación de lo que no tiene por qué ser evidente. La teoría parte del supuesto de un

sistema accesible, en principio, a todos, para devenir algo conceptual, elaborado, fantasmal. La relación de lo que es admisible (el sistema) con lo que es abstractamente remitido (la teoría) no se establece netamente como una exhibición de las particularidades contenidas, puesto que de ambos no existe más que lo conceptualizado, sino que se trata de una reconstrucción mediática de ello. La X (X^a) contenida en un sistema no es, o lo es en muy poco, aquella X (X^b) que intenta (re)presentar su teoría; esta última más bien funge como una resolución conceptual de lo observado. Su partición en el sistema no viene dada como un consenso de observaciones puestas en claro arguyendo su potencial existencia, sino como el rasgo o la presencia que en un observador en particular se ha manifestado mientras en otros posiblemente no. Esto deviene un doble incierto, pues si el conocimiento está dado como un ejercicio fenomenológico entre el objeto y el sujeto, siendo relativos los privilegios o carencias de observación, el resultado del razonamiento será parcial, cuando no escaso. Nunca se podrá acceder en forma plena al conocimiento. Sin embargo, la concreción ontológica de lo observado no es un aspecto que deba ocuparnos toda vez que cae fuera del curso de nuestra investigación. No se levanta como indispensable establecer la existencia y aprehensión del objeto en sí, ya que únicamente debemos subrayar el papel que juega la teoría en esta relación.

Entre el objeto y el sujeto se establece una mediación resolutive en que la función teórica se articula. Esta postura de mediación es particularmente importante en la configuración teórica. Dado que nos enfrentamos a un proceso cognoscitivo, la teoría no se hace esperar en favor de la explicación —explicación exponente— del objeto de estudio. Tomemos un objeto que establece ente nosotros una duda de innegable carácter ontológico: ¿Qué es este algo? Ante esto se distiende un doble mecanismo de formulación y resolución,

lo que se ha dado en nombrar “*problem-solving*”, una misma actividad ligada tanto al cuestionamiento de lo percibido como a su asimilación cognoscitiva por el individuo.

C'est un point de vue qui envisage l'aspect actif, dynamique du savoir: envisage en d'autres termes le savoir en tant que recherche, interrogation, configuration de problèmes et d'hypothèses de solution de problèmes, plutôt que le savoir en tant que répertoire de résultats à justifier et à valider logiquement et empiriquement. *Grosso modo*, cette opposition correspond aux deux grands courants de l'épistémologie contemporaine: d'une part, l'approche néo-positiviste, qui visait la reconstruction métalinguistique et formelle des sciences dans ces unités logico-sémantiques que sont les théories [...]; de l'autre, l'intérêt post-positiviste pour les conjonctures de la découverte et du changement révolutionnaire de théorie a inauguré l'analyse du savoir comme interrogation. (Borutti 1990, 372)

Este mecanismo de mediación pareciera constituirse en principio como un campo de confrontación entre lo sensible y lo ideal, entre ese algo y la idea, a partir de lo cual se alcanza una respuesta deductiva de lo real y se accede al orden de lo cognoscible que es común a todos. Esta postura corresponde a la idea de modelo platónico, que, bien se entiende, resulta clara para entender el concepto de modelización, aunque en última instancia involucra una presencia normativa rigiendo el mecanismo, tal vez un regidor divino, a la vez que no agota las posibilidades del concepto de modelo. Por otra parte,

La conception moderne du modèle en tant que règle de construction d'objets, qui envisage la structure interrogative et argumentative de la pensée, est par contre lié au thème de la connaissance en tant que représentation [...], en tant que structure-schéma de la médiation qui fait voir et qui permet de construire les éléments du problème dans un ordre synthétique. (Borutti 1990, 378)

El modelo es, pues, en ámbitos de cognición, el proceso que tiene lugar entre el objeto y su concepto, en una palabra, la mediación. La descripción de un sistema dado ocurre como una modelización de las incógnitas que se formulan. También podemos convenir que en este proceso no sólo se ponen en contacto las dos entidades de referencia; del mismo modo, tiene lugar una reconstrucción de los elementos en un orden de configuración sintáctica,

puramente conceptual. No se trata únicamente de reproducir los elementos en claro, sino también de orientar su disposición y, por ende, indagar en su articulación. “La acción de un modelo no es solamente de ilustrar sino también de organizar el campo problemático.” (Borutti 1990, 380)

Ahora bien, nuestra anterior definición de modelo viene a completarse con lo arriba mencionado. En un principio sólo referimos la constitución de modelo, su disposición interna, a partir de una configuración estructurante. Ahora podemos observar su función al interior de un sistema, la cual, lejos de mantenerse inerte ante la investigación, comunica una resolución dinámica. El empleo de modelo, modelización, mediación, representación, en campos de la explicación teórica, recubre un aspecto indispensable para entender el sistema mismo. En realidad, la implementación modelizadora que presenta la función teórica, más que una respuesta inmanente a cualquier manifestación externa, implica una necesidad infranqueable por *inteligir* el objeto a través de un reordenamiento conceptual. De manera concreta, no podemos referir teoría sin pensarla antes como un modelo de intelección capaz de establecer métodos de resolución.

Le modèle offre alors un principe d'ordonnement et de construction du champ problématique, qui est en même temps matrice de la découverte.

Dans cette perspective épistémologique, l'observation est envisagée en tant qu'expérience épistémique, et les théories sont envisagées du point de vue de leur conformation en tant que modélisations qui organisent un champ problématique en hypothèse de solution. (Borutti 1990, 389)

Ulises Moulines menciona además que

the good thing about this use of “model” in the scientists’ ordinary language is that it conveys some associated intuitions that are not normally found in the usage of “theory” by scientists and philosophers alike: (a) the “model” is not supposed to cover *all* aspects of the empirical domain depict by it, not even all of those considered important for some reason or other; (b) the “model” is not supposed to provide the ultimate truth about the domain in question, whatever this might be;

(...) (c) the acceptance of the “model” allows for successive revisions, refinements, suppressions, additions, etc., while maintaining its “essentials” throughout all these changes. (Moulines 2002, 1-2)

A este punto llegados, se observa que la recurrencia a lo que es precisado en términos de mediación, modelización y resolución, es un punto esencial para la conformación de la teoría. Tanto en el debate advertido entre lo observable / no observable, así como la mediación ocurrida entre el objeto y su re-elaboración mental, la teoría, en tanto que marco de resolución problemático, no sólo involucra un mecanismo de exposición a la vez problemático-resolutivo inmanente al cuestionamiento sobre lo fenomenal, sino que ella es este mismo modelo.

CAPÍTULO II

Teoría en los estudios literarios

La anterior es una aproximación de teoría no a propósito de su resolución última, es decir, un aparato deductivo que avizora postulados, sino a los factores que intervienen directamente o actúan sobre ella al momento de su conformación. Como se aprecia, tal aproximación recubre, en cierto sentido, una necesidad analítica y exponente de la que carece su concepción más general encontrándose próxima a disciplinas como la filosofía de la ciencia o la epistemología, sin ver en ello algún otro compromiso que una posibilidad de estudio en nuestra investigación. Así, cuando refirmamos teoría en lo próximo, tanto en el empleo ajeno como en el propio, habrá que tener en mente las precisiones anteriores, las cuales nos permitirán, otrosí, situarnos entre otras conformaciones teóricas o una indistinción del término. Ahora bien, hemos marcado ciertas directrices sin que hasta el momento hayamos hecho contacto con la literatura. La posibilidad de una "Teoría literaria" es un tema recurrente en los estudios literarios, aunque, si bien es común referirla como un término que abarca momentos, metodologías, posturas, dilemas, avances, en fin, márgenes más o menos diferenciados, tal empleo no le vale una función específica ni le presupone acaso una existencia indubitable. ¿Cuál es la razón de la teoría en la literatura, cuál su objetivo, cuál su utilidad? ¿Sobre qué se asienta, de qué parte, cómo va a llegar a ello, qué hará luego que lo encuentre? ¿Es su proceso deductivo, inductivo, diferencial? Sin hablar de *¿qué es Teoría Literaria?*, pregunta más capciosa que retórica. Frente a estos

cuestionamientos no acertamos más que ciertas definiciones, “las cuales frecuentemente se contradicen unas a otras” (Jefferson 1986, 19); eso sí, afectadas de una notable tensión cohesiva, cuyo eje son las antologías, introducciones y demás estudios que a la postre no suman pocos. En este tenor, convendría avanzar en una sola dirección y a partir del origen del conflicto, es decir, del momento en que teoría y literatura se tocan.

Si tratáramos de definir el campo de acción de la teoría en la literatura o, en otras palabras, el sistema de referencia al cual refiere y sobre el cual actúa, no será difícil establecerlo como la literatura misma, sin más (Eagleton 1983, 11). El objeto de estudio de la teoría literaria queda entonces definido en esto. Sin embargo, desde puntos de vista particulares y conforme a expectativas específicas, como pueden serlo los estudios culturales, en donde la literatura es sólo una expresión de la cultura, o el análisis psicoanalítico, en donde no es sino manifestación del inconsciente, esto puede ser abiertamente objetado. Resultaría conveniente mantener entonces un marco definido pero no absoluto a este respecto, ya que concretar una determinada y determinante postura involucra en sí formulaciones arriesgadas. Detengámonos un poco en esto para proseguir sin escollos con el curso de nuestra investigación.

En el binomio “teoría literaria”, “literaria” es más bien una partícula adscrita a “teoría” (“teoría que cobra tintes de literaria”), ostentando la función de complemento, con lo cual su función pareciera dispensable. Esta relación, más que meramente gramatical, que le vale, no obstante, gran parte de su significado, enfrenta un serio problema que tiene que ver con la definición de su campo de estudio. Literatura —tan vasto como eso— es una entidad en principio distinguida mas no distinguible, que se realiza en o está investida de atributos que van desde lo frecuentemente correspondido literario, el lenguaje, la lectura, la

comunicación, etc., hasta lo extensivo como lo es la cultura, las ciencias, la sociedad, etc. De hecho, pareciera que la literatura no sólo ocurre en un ubérrimo campo de interacciones, sino que ella misma es un multiverso de relaciones ilimitadas. ¿Cómo diferenciar entonces, ya no digamos aislar de otros sistemas, la literatura para ejercer sobre ella un análisis o aplicar sobre ella procesos teóricos? Sin intentar ir más lejos y dado que no es forzoso delimitar un objeto para obrar un examen sobre él, se puede afirmar, referencialmente, que existe una cierta instancia llamada literatura, convenida en origen, producto, participante, etc., que no es dable, empero, definir, y en lo que gran parte de los críticos concuerdan (cf. Culler 2000, Eagleton 1983, Ellis 1974). Sobre ella actúa la teoría, no de manera aislada, se entiende, sino formando parte de un aparato de estudio, fácilmente identificable como estudios literarios.

En su libro *Teoría Literaria*, uno de los primeros en su tipo sobre estos temas según consta en el prefacio, Wellek y Warren consideran la teoría como parte de los estudios literarios, distinguiéndola a su vez de otras instancias que le son cercanas.

Lo más indicado parece ser llamar la atención sobre estas distinciones calificando de “teoría literaria” al estudio de los principios de la literatura, de sus categorías, criterios, etc., y diferenciando los estudios de obras concretas con el término de “crítica literaria” (fundamentalmente estática de enfoque) o de “historia literaria”. (Wellek 1948, 48)

Desde esta perspectiva, el objeto de estudio de la teoría literaria correspondería a la literatura en general, toda ella. A partir de esta sentencia, convendría reconceptuar nuestro título en “teoría *a la* literatura”, por oposición al anterior de “teoría literaria” o “teoría de la literatura”. Aquí la relación entre ambos elementos queda establecida como una finalidad de estudio de uno hacia el otro, es decir, “teoría que busca las *particularidades* de la literatura”, particularidades entendidas como “principios”, “categorías”, “criterios”; se trata

de instancias imprescindibles en los estudios literarios, según estos autores, pues “no es posible la crítica ni la historia [literarias] sin un conjunto de cuestiones, sin un sistema de conceptos, sin puntos de referencia, sin generalizaciones” (Wellek 1948, 49). En esto es perceptible un intento por concebir la función teórica como una búsqueda de los principios básicos que conforman la literatura, un proceso encargado de descubrir los rasgos que diferencian este sistema de otros. A este respecto Paul de Man menciona que

Una toma de postura general sobre la teoría no debería, en teoría, partir de consideraciones pragmáticas. Debería tratar cuestiones como la definición de la literatura (*¿qué es la literatura?*) y debatir la distinción entre los usos literarios y no literarios del lenguaje. (De Man 1986, 13) [Nuestras cursivas]

Postura que visiblemente presenta el texto de Wellek y Warren, y que comúnmente significa la búsqueda formalista de una esencia literaria, en una palabra, la literaridad, si “para no complicar aún más las cosas, queremos seguir llamando aún literaridad al artificio lingüístico de la emoción literaria” (García Berrio 1994, 522).

Sin embargo, tal propósito no participa por entero de lo que hemos largamente explicado hasta ahora como fundamental en una teoría, o al menos no así expresado. Vista como una disciplina que intenta reducir a una simple quintaesencia literaria el total de la experiencia estética recopilada a través de reenvíos lingüísticos patentes en el texto, la teoría literaria no agota los recursos contenidos en el modelo teórico, problemática que se ve reflejada en la continua objeción hecha a su metodología.

El auténtico debate de la teoría literaria no es con sus oponentes polémicos, sino con sus propios supuestos y posibilidades metodológicos. En vez de preguntar por qué la teoría literaria es amenazadora, quizá deberíamos preguntar por qué le es tan difícil cumplir su cometido, y por qué cae tan fácilmente en el lenguaje de la autojustificación o de la autodefensa. (De Man 1986, 24-25)

Más allá de la insoluble divergencia que comporta el término de metodología en los estudios literarios, es posible vislumbrar un acercamiento a la teoría en su relación con la literatura al quedar establecida esta última como el sistema en el cual se articula el modelo teórico. Es en el marco de la literatura, en tanto que hecho literario innegable, que debe ser rastreada la función teórica, cualquiera que sea, aunque antes sea preciso desentendernos de otras alquimias que le son imputables y concebirla como instancia modelizadora de un multiverso asequible y abierto de márgenes compartidas. Observemos más en detalle la implementación original del término teoría en el estudio de la literatura.

El momento exacto del nacimiento de la teoría literaria introduce cuestiones alejadas de nuestro objetivo. Si bien es cierto que existen posturas marcadamente teóricas acerca de la literatura en la *Poetria Nova* de Godofredo de Vinsauf, *El arte nuevo de hacer comedias* de Lope de Vega, *Über naive und sentimentalische Dichtung* de Schiller, los *Prefaces* de Wordsworth o *Le roman expérimental* de Zola (Aullón de Haro 1994b, 17), rasgos análogos pueden del mismo modo remontarnos hasta la *Poética* de Aristóteles o la *Epístola a los pisones* de Horacio. De igual modo, su ejecución en estos escritores no nos interesa tanto por el momento como el sentido primero que intentaba acusar el término teoría de una cierta práctica en el estudio literario, y cuyo surgimiento se sitúa más recientemente. De Man apunta que

Las tendencias predominantes en la crítica literaria norteamericana anterior a la década de los sesentas no eran adversas a la teoría, si por teoría se entiende el enraizamiento de la exégesis literaria y de la evaluación crítica en un sistema de alguna generalidad conceptual. (De Man 1986, 14-15)

Luego, la práctica existía o se presentaba aunque nadie “se habría considerado a sí mismo un teórico en el sentido del término posterior a 1960” (De Man 1986, 14-15). Es a partir de

este momento que el término cobra nuevas miras y adquiere otros rasgos. Repentinamente el trabajo de crítica converge en términos claramente delimitados y proclama más o menos compartidas como pueden serlo estructuralismo, semiología, *new criticism*, etc. Esta conciencia teórica, lejos de presentarse casual o arbitraria, responde más bien a un refinamiento metodológico y una necesidad por referirse de manera más específica.

Se puede decir que la teoría literaria aparece cuando la aproximación a los textos deja de basarse en consideraciones no lingüísticas, esto es, históricas y estéticas, o, de un modo menos tosco, cuando el objeto de debate ya no es el significado o el valor sino las modalidades de producción y de recepción del significado y del valor previas al establecimiento de éstas. (De Man 1986, 17)

Métodos vienen a ocupar el lugar que antes tenían las habilidades discursivas, la exégesis y una denotada sensibilidad estética. Ahora se refieren unidades irrecusables de conformación, que actúan como parámetros de significado perfectamente distinguidos, antes que conceptos ambiguos como pueden serlo poética, estilo, etc. (García Berrio 1994, 519-520). El planteamiento de una teoría literaria contemporánea, lo que se entiende regularmente como tal, está determinado, en parte, por esta somera distinción metodológica. "Los métodos son ahora más técnicos, pero el interés contemporáneo por una poética de la literatura está claramente unido" (De Man 1986, 33). Esto es, se sigue examinando la experiencia literaria, sólo que ahora por otros medios y con otras herramientas.

Lo anterior abre la posibilidad de concebir el recurso teórico a partir de una sola concreción cobrada en distintas realizaciones. En realidad el principio formalista se encuentra todavía presente en las teorías contemporáneas, lo cual no significa forzosamente que el grueso de lo entendido como teoría literaria quede precisado en una derivación neoformalista. Antes bien, el recorrido por las diferentes épocas, los escenarios varios y la

miriada de manifestaciones refleja una situación bastante nutrida al interior de esta disciplina. Éste es el resultado de observar, investigar y exponer las particularidades del hecho literario a partir de un razonamiento particular, el cual, sin embargo, puede en su momento concordar en tiempo, metodología y fines con otros. Esta relación íntima confesaría una unidad delimitable, constitutiva de una tendencia común. La clasificación de estos núcleos constituiría un catálogo de tendencias agrupadas bajo una sola presentación nominal. Otra parte de lo entendido o fundamentado en teoría literaria correspondería al recuento, recopilación y estudio de estos focos. La agrupación demarca una ruta de acceso y conducción entre el caótico proceder teórico. De este modo, el carácter académico de las teorías tiene a bien englobar las diferentes manifestaciones críticas que resumimos bajo el apartado de teoría literaria¹. Este es un aspecto fuertemente asociado al establecimiento de la teoría literaria, el cual hemos expuesto anteriormente (ver Introducción) y que convendría retomar desde el punto en que lo dejamos, es decir, desde que teoría literaria constituye una asignatura contenida en los cursos escolares.

Es necesario reconsiderar la participación de la práctica antológica de la teoría literaria a favor de esta última y entenderla en su justa medida. Si bien la realización de la teoría como un simple campo sinóptico de corrientes críticas pareciera constituir una limitante a una actuación presumiblemente más larga, hay que notar que su importancia no

¹ A este respecto, ver el interesante ensayo de Alain Viala (2000) sobre la teoría literaria en el dominio universitario, en donde este autor apunta que la serie de publicaciones recientes destinadas a exponer el hecho teórico mediante el recuento de escuelas o corrientes tiene una marcada correspondencia con el establecimiento de la asignatura de teoría literaria en las universidades. Ver asimismo la *Nouvelle Revue Française* no. 523 (1996) y no. 530 (1997).

reside en el hecho de concretarse como una guía de estudio, sino a causa de permitir una integración y delimitación de un corpus de textos correspondidos teóricos. Ciertamente cualquier tipo de clasificación tiende a ser dispensable y apurar una fragmentación innecesaria del hecho. Es por ello que debemos entender el trabajo de recopilación como un intento por relatar una serie de textos concernientes al estudio de la literatura a partir de una misma manifestación que concuerda en mayor o menor medida en principios, procesos o fines. De entre ello, antes que aceptar tal relatoría como válida y última, preciso es reconsiderar el tipo de correspondencias que en ella se estatuyen. ¿Sobre qué criterios definir ciertas obras? ¿Bajo qué etiqueta agrupar los excelentes trabajos de Michael Riffaterre, pues si bien en ellos se aborda la literatura desde una notoria apertura formalista, también se vislumbran las raíces de un naciente post-estructuralismo, el apego a una estilística admitida o una formulación semiológica (de Man 1986, 53)? ¿Y qué decir de la obra de Roland Barthes? Por el contrario, ¿es posible considerar literario el análisis que hace Freud sobre la novela de Wilhem Jensen, *La Gradiva*? Cierta parte del resquemor — en este caso justificado, aunque lejos de un subterráneo purismo — hacia la intervención de otras disciplinas en el estudio de la literatura, reside precisamente en la intrascendencia del resultado arrojado. ¿De qué modo afectan o son trascendentales las observaciones de Marie de Bonaparte sobre la personalidad de Edgar Allan Poe fuera del cuadro clínico? Y en cambio, no es del todo aberrante referir el arquetipo junguiano en el estudio de un personaje literario. Estos intentos ponen de manifiesto la presencia de ciertos procesos críticos cuyo antecedente es una teoría o, de manera menos generalizada, un análisis perteneciente a una disciplina que no son necesariamente los estudios literarios y que, tal vez, no pretende en principio dar cuenta de ello. Ante esto, es posible percibir una profunda hesitación acerca

de la pertenencia y pertinencia de ciertas metodologías, hesitación que llega incluso a considerar la teoría un objeto “sospechoso y traicionero” (Reyes 1992, 21). Fuera de la propiedad de tales procesos de investigación, debiéramos reparar en el aspecto mismo de su vocación.

La teoría literaria no debe su existencia a la consecución de sus patentes metodológicas. Analizar textos en busca de características compartidas, latentes o subterráneas, y agruparlos bajo una misma nominalización tiene más de una empresa taxonómica (Viala 2000, 204) que de la constitución de un modelo de pensamiento a través de diferentes campos. No hay que ir muy lejos para entrever que, tras este grupo de aproximaciones, se encuentra un acto de fe que, por otro lado, y en ello es necesario acordar un importante logro, mantiene unido el transverso complejo teórico. En páginas anteriores hemos mencionado algunas definiciones de teoría literaria que exponen no sólo una ambigüedad del término, sobre las cuales han circulado ciertos apuntes. Del mismo modo, en este punto, la implementación de un aparato organizador ante la abundancia teórica deja entrever una carencia crítica que tiene que ver con el o los razonamientos de clasificación empleados. ¿Existen mecanismos específicos para determinar una cierta pertenencia del texto teórico, o el empleo responde a juicios de los que no se puede dar cuenta? Antes que nada debiéramos ir hacia atrás y concretar no el perfil de una entidad, aunque abstracta, o ya preconstituida en teoría literaria, sino la presencia de cierto tipo de textos con características particulares al interior de los estudios literarios, que, por lo demás, distan de otros textos dentro de este campo. En dicho acercamiento no hay nombres, grupos, geografías y apenas importan las fechas.

Hemos mencionado que el pensamiento teórico no es endémico de la época moderna, antes bien existen rasgos que podemos precisar de teóricos en textos que remontan tiempo atrás. El estudio de estos textos y de los actuales es importante en la medida en que tal denominación se inscriba en las particularidades de su constitución, y no en juicios extranjeros. No podemos desconsiderar de teóricos ciertos textos anteriores a Saussure a causa de no ceñirse a un marco preponderantemente lingüístico. Lejos de aceptar una clasificación como originalmente inscrita es preciso analizar el texto teórico a partir de horizontes propios. Es en ellos que el pensamiento teórico, en el caso que exista, debe forzosamente encontrarse expresado. Dirigirse, pues, a ellos como instancias de análisis no sólo significa un paso necesario, sino único para configurar la participación teórica al interior de la literatura. Ahora bien, la identificación de estos textos atiende tradicionalmente dos parámetros que, por lo demás, no es más que uno. Por un lado, existe el recurso de referir los textos teóricos como aquellos que la tradición ha marcado como tales.

La teoría son un puñado de nombres (en su mayoría) extranjeros; significa Jacques Derrida, Michel Foucault, Luce Irigaray, Jacques Lacan, Judith Butler, Louis Althusser o Gayatri Spivak. (Culler 2000, 12)

En este caso, los análisis de Jacques Derrida, Roland Barthes, Mijail Bajtin, Yuri Lotman, etc., son considerados teóricos dado que así se ha convenido, sin atender por el momento características teóricas contenidas en ellos. (¿Una especie de canon teórico?) Otro tipo de textos teóricos son aquellos que, lejos de atribuírseles tal clasificación, se apropian de ella. Entre éstos se encuentran nombres y obras menos conocidas que intentan construir una teoría literaria de características propias, objetivos definidos y mecanismos inobjetivables, cuyo título ocasionalmente contiene la locución “Por una teoría de...”. Su impacto en el

medio crítico va en el orden de los favorecidos, los desfavorecidos y los irreparados. En cualquier caso, una constante de lo anterior, sean trabajos de nominación externa o autorreferencial, es la inquietud por referir su actividad como teórico-textual. No podemos arriesgar cuál de las posturas sea más atinada. El continuo desplazamiento afectivo-crítico hacia ciertas teorías literarias se ha visto no sigue una línea. No se puede afirmar que los textos que defienden una teoría *queer* o evolucionista no concentren la atención en algunos años, como sucedió en su momento con los textos feministas o parece suceder actualmente con los de estudios culturales. La ocasión de todo esto, lejos de suponer una postura arbitraria del establecimiento de los textos teóricos, tiene como objetivo apuntar más bien hacia una postura conformacionista, postura que nos lleva a considerar la articulación o personificación de la teoría como una actividad, como un trabajo teórico, no tanto que un concepto sobredeterminado por el establecimiento de escuelas teóricas. Desde esta perspectiva, el ejercicio teórico no equivale o queda confinado a la búsqueda más o menos consensuada de postulados en torno a una supuesta esencia literaria tan sólo porque su empleo no recubre las funciones que conlleva tal término, sino también porque sus manifestaciones directas, los textos teóricos, desbordan sensiblemente en otras cuestiones. Concebidos como práctica, cuya ingerencia estudia diversos ángulos de la literatura, los textos teóricos permiten y precisan un acercamiento más detallado que su generalidad, que su concepto. En ellos es posible rastrear rasgos particulares que perfilarán una posible constitución teórica de naturaleza literaria. Esto habrá de ocuparnos en lo próximo.

Anteriormente hemos mencionado algunos aspectos que toda construcción teórica comporta y que convendría en este punto rescatar para considerar al trasluz de una participación ocurrida en el estudio de la literatura. Hemos presentado la teoría como

modelo, en vista que establece una vía exponente de conocimiento, al tiempo que desarrolla elementos propios, nombrados términos teóricos, todo lo cual instituye procesos de explicación ante el sistema del cual parte. Tales estadios cobran notoriedad al momento de relacionarse y cumplimentarse en una función, la enunciación de teorías sobre un sistema. El rastreo de estos diferentes momentos abre la posibilidad de perfilar la actividad teórica presente o imputable a cierta disciplina —como es el caso de la teoría literaria—, no a manera de legitimación, se entiende, pues como hemos visto las teorías no son juzgadas en términos de confirmación o falsedad (Gunnell 1995, 928). Antes bien, la implementación de un recurso sistemático como el anterior tiene como único objetivo detallar el resultado del contacto ocurrido entre teoría y literatura.

En ámbitos de los estudios literarios, Thomas McLaughlin repara en aquellas “instancias de teoría” cuya función es la de trazar “una frontera, una línea de demarcación. Ello define un campo en el que se puede trabajar, dentro de los límites del término.” (McLaughlin 1995, 8) Para él, términos como “deconstrucción”, “estructura”, “género”, “interpretación”, “discurso”, más que simples productos teóricos o material para el discurso crítico, son manifestaciones de un quehacer teórico que establece nuevos “lazos” de explicación o reconvención frente a procesos analíticos (McLaughlin 1995, 5-6). Hablar de estos términos significa reconocer un fenómeno que antes no había sido identificado o había sido pasado por alto, sin que, por otra parte, su carencia se percibiera como un vacío elemental. En realidad, antes del advenimiento de “*différance*”, “estructura”, “dialogismo”, etc., conceptos que las teorías concretaron, bien se podía estudiar la literatura. Sin embargo, luego de su irrupción es fácil reconocer su participación en la obra literaria, incluso si ésta no es manifiesta. Y es que el llamamiento de estos términos por parte de la teoría, “suponen

un desafío a nuestras ideas previas [...]. De ese modo, nos incitan a pensar de nuevo en las categorías a las que recurrimos para reflexionar sobre literatura.” (Culler 2000, 25) De modo que aquellos términos que frecuentemente se asocian a una teoría, crean un puente o afianzan otros entre el conocimiento y lo referido, donde se entrevé el fin de volver asequible esto último aunque no de manera manifiesta. Luego su participación no consiste únicamente en designar una cierta entidad irreconocida. Dichos términos de teoría literaria “establecen las fronteras dentro de las cuales se puede interpretar.” (McLaughlin 1995, 7) Ellos funcionan como mediadores de conocimiento. De manera específica, podemos mencionar el caso de la palabra “estructura”. Su nacimiento no se encuentra en el siglo XX. Se trata de un término preexistente, cuyo ulterior uso teórico-literario da cuenta de una instancia que no ha tenido mejor explicación, un término que es capaz de comunicar un grado potencialmente resolutorio a un fenómeno, actividad, instancia o simple influencia ejercida sobre otros elementos. En este caso, su actuación como presencia modelizadora del conocimiento de un sistema, de un fragmento de él, forma parte de un uso común en los estudios literarios. Pero ¿qué hay de la supuesta “*différance*” derridiana, de la “semiosfera” de Lotman, del “Yo” freudiano, de lo “simbólico y lo imaginario” de Lacan, de la “hipótesis represiva” de Foucault, de la “mimesis” y de otras muchas voces que forman parte de una terminología empleada en el estudio de la literatura? En realidad,

On peut dire qu'une langue scientifique [teórica] est une spécification et une spécialisation de cette richesse et flexibilité de la langue ordinaire: une spécialisation symbolique qui a pour tâche et pour résultat le fait de transformer (réformer, dirait Bachelard) selon des modalités spécifiques le monde des choses quotidiennes. (Borutti 1990, 374)

Enriquecimiento que no puede ser entendido sino a través de la formulación teórica ocurrida en el sistema.

De manera consistente, encontramos rasgos distintivos de un proceso teórico en lo anterior. La posibilidad de un carácter resolutivo frente a ciertas entidades de conformación que constituyen el entender literario es evocada en el establecimiento de términos teóricos. Si aceptamos que la estructura vino a referir una entidad subyacente en la literatura, se observa asimismo que tal propuesta constituye un puente entre lo denominado y lo concebido siguiendo un proceso de designación activo parecido a la metáfora.

On peut penser la découverte comme un procédé de re-description métaphorique, dans lequel un phénomène inexplicé, qui pose problème, est compris parce qu'il est re-décrit par le moyen d'un langage plus connu. (Borutti 1990, 384)

Ahora bien, convendría mirar con discreción el grado de "potencialmente resolutivo" cuando de una formulación teórica se trata, pues ante todo, hay que evitar su confusión con otros conceptos como "resolución" y "solución". En principio, estos conceptos podrían equivaler a una misma cualidad orientada a satisfacer respuestas. Decir que la teoría posee un grado resolutivo no debe entenderse en tanto que una (re)solución de las preguntas desprendidas. La diferencia entre ambos aspectos estriba en que, en el primero, su postulado orienta a una solución, pero éste no es una solución propiamente dicha; no se funda entre parámetros de concreción, sino que se establece como una directriz de pensamiento potencialmente asertiva en cuanto a la búsqueda de respuestas. Tal enfoque mantiene una estrecha y coherente relación con el concepto de modelo anteriormente abordado, en donde se advierte otro aspecto de teoría que también es perceptible en su advenimiento en literaria.

Hemos considerado la teoría, desde una perspectiva general, como un modelo de conocimiento, vínculo modelizador y mediador entre el objeto y el razonamiento de él obtenido. De tal suerte, es perceptible una instancia cuya principal tarea es la de constituir

un proceso de conocimiento en la materia a observar, entre el sujeto y el objeto, entre lo perceptible y lo cognoscible, es decir, un proceso de intelección. Ahora bien, estos jalones plantean un marco de referencia para aproximarnos a los textos representantes de una práctica teórica al interior de los estudios literarios. Anteriormente hemos referido la presencia de esta práctica sin que hasta el momento las hayamos caracterizado *in situ*. El momento de abordarla ha llegado, sólo que aunque antes sea forzoso realizar una última observación que será una premisa para el futuro desarrollo de nuestra investigación.

Lo que hemos venido revisando de textos teórico-literarios, su carácter movimentario, circunstancial, aleatorio, así como su búsqueda de la esencia literaria, podría hacer suponer una revaloración de tales rasgos a favor de un entendimiento más largo de una práctica teórica que se cieme sobre la literatura. Algo que no es posible en parte negar. Lo que es necesario desentender, por otra parte, es el propuesto que preconiza una renovación al concepto convenido en teoría literaria. La actual clasificación y distribución del corpus no sólo han sido pertinentes sino necesarias. No hay necesidad de replantear los criterios fundamentales de selección y pertinencia de textos, sino de cuestionarlos, identificarlos, conceptualizarlos, siendo extensivo quizás afinarlos. De manera que nuestro apunte, antes que involucrar una redistribución, es una postura analítica cara a cierto tipo de prácticas. Como tal, es necesario analizar los textos teniendo en mente este principio.

Ahora, desde esta perspectiva integrativa, tanto los textos clasificados tradicionalmente teóricos como aquellos que se precian de serlo, comportarán mecanismos relacionados con el esquema de modelo antes mencionados, todo esto visiblemente tamizado por su correspondencia con el estudio de la literatura. Debemos reparar en los trabajos de Gérard Genette, Vladimir Propp, J. L. Austin, etc., al trasluz de una

constitución compartida con los trabajos de Richard Rorty, Ellen Spolsky, John R. Searle, etc., así como de otros cuyas miras, si bien no estaban expuestas en ello, se involucran puntualmente. Estos trabajos desarrollarían procesos potencialmente resolutivos a partir de un sistema original, que podría ser seguramente la literatura. En vista de que abrazar el entero de los textos convenidos o de aspiración teóricos se presenta como una empresa imposible de concretar en los límites de nuestro ensayo, recurramos a una exposición “ejemplar” para concretar una aproximación directa a la práctica teórica en el literatura. Sea el caso de Jacques Derrida en *De la grammatologie*. Su presencia en esta investigación se encuentra determinada toda vez que constituye una parada obligada en la conformación moderna de teoría en los estudios literarios, aunque más nos atraiga a causa de características precisas de su conformación que significan una exposición detallada de lo que por teoría hemos descrito.

CAPÍTULO III

El caso de Derrida, *De la grammatologie* y la deconstrucción

Prolegómeno

Différance, logofonocentrismo, “*hors-du-dedans*”, huella, suplemento peligroso, Derrida, Jacques, a menudo evocan un grueso de términos fuertemente cohesionado entre sí, los cuales, a fuerza de análisis, investigaciones, comentarios, etc., han sido reordenados en una esfera delimitable, reconocible y estable, como lo puede ser *Deconstrucción*. En palabras de Manuel Asensi:

“podemos hablar de una corriente de crítica literaria deconstructivista que se alinee junto al formalismo, la estilística, el estructuralismo, la semiótica, la estética de la recepción, etc., [...] desde el momento en que referirse a la crítica literaria de este cariz es algo ya institucionalizado, al menos desde un punto de vista social universitario.” (Asensi 1990b, 13)

Tal “institucionalización”, por su parte, no insinúa el asentamiento y asimilación de la teoría derridiana, sus avances, sus detracciones, su participación en el estudio de la literatura. Antes bien, ver en ella el motivo de una dificultad impertérrita y potencialmente indeterminada es un tópico que mantiene revolucionado todavía su estudio. “Se ha presentado la deconstrucción de maneras diversas; como posición filosófica, estrategia política o intelectual, o modo de lectura” (Culler 1979, 79). Uno de los aspectos más atrayentes de esta práctica es que puede ser aplicada a no importa cuál objeto de estudio. Muestra de ello es el uso que cobraron conceptos como las estrategias del discurso para

cimentar los estudios feministas en el extinto siglo XX (Showalter 1990, 180 y 185). Thomas McLaughlin menciona además que “Deconstrucción es un palabra frecuentemente usada en *Newsweek*. [...] Incluso he oído a un entrenador de básquetbol decir que su equipo aprendió a deconstruir la zona de defensa” (McLaughlin 1995, 1). Sin mencionar que, desde el punto de vista de los estudios literarios, este término significa un punto angular en el establecimiento de la teoría literaria; lo que representa nuestro objeto a requerir.

Ahora bien, estos avances, lugares comunes, utilidades, de los que hemos dado someramente y muy al sesgo algunas indicaciones, no comprenden en realidad más que las implicaciones foráneas —por así decirlo— de la deconstrucción al momento de reflejarse allende el ámbito literario. Apegándonos a este dominio, se puede decir que el motor principal o, al menos, aquel que tiende a ser imputable a la deconstrucción tiene que ver con la posibilidad de precisar instancias configurantes al interior de los textos literarios.

La deconstrucción, por su parte, es un modo de aproximación al texto literario que implica una posición crítica que cuestiona radicalmente los presupuestos tanto literarios como teóricos. El texto, desde un punto de vista deconstructivo, es una arena, un escenario para el conflicto de los discursos, el choque entre las interpretaciones y la generación de diversas lecturas. (Jofré 1987, 25)

El trabajo de deconstrucción de Derrida, expuesto en uno de los textos angulares de su teoría, *De la grammatologie*, nos enseña tácitamente más de las particularidades del pensamiento lingüístico como huella de la huella y de su “suplementación” con la obra de Rousseau, que de la subversión de los sistemas de ordenamiento y estabilidad de que están compuestos los objetos a estudiar. Habrá que partir de esto. Lo potencialmente resolutivo en la teoría derridiana expuesta en *De la grammatologie* tiene que ver con las estructuras participantes en esta (de)construcción, en este (des)montaje del texto, así como con la

posibilidad de dar cuenta de ellas en su estructuración como aparato crítico y de investigación. Jonathan Culler precisa que la deconstrucción

investiga el funcionamiento de las oposiciones metafísicas en sus argumentos y los modos en que las figuras y las relaciones textuales, como el juego del suplemento en Rousseau, producen una lógica doble y aporética. (Culler 1982, 99)

Esto nos lleva a considerar el proceder derridiano como un modelo de análisis de oposición, un punto de contacto entre elementos de distinto orden presentes en el texto, puestos en relación a nivel conformacional, lo que posibilita develar, a su vez, otras presencias y relaciones contenidas en el mismo objeto. Un aspecto importante de este proceso es que no es endémico del *texto*, en el sentido tradicional de éste. La teoría derridiana puede desbordar en infinitud de campos, de manera suspicazmente directa o indirecta, es decir, no forma parte de su objeto de estudio primario asentar las bases de una teoría general de la interpretación pero tampoco demorar en la resolución de los problemas circunscritos al entendimiento de una obra literaria. Así, su reflexión en otros dominios cobra forma en la medida en que su proceder sobre el signo saussuriano, la composición logocéntrica que (de)muestra éste, desborda en múltiples dilemas subyacentes al interior de otros dominios.

Finalmente las conclusiones a la que llegan las lecturas deconstructivas constituyen con frecuencia afirmaciones sobre estructuras del lenguaje, operaciones retóricas, y giros del pensamiento, más que conclusiones sobre lo que significa una obra concreta. Para ser lecturas que como todos sabemos se basan en una renuncia a los proyectos teóricos globales, parecen sospechosamente interesadas en cuestiones teóricas del tipo más general. (Culler 1982, 194)

A partir de lo anterior y de manera específica, se puede afirmar que los "objetivos" del análisis emprendido por Derrida en *De la grammatologie* son más humildes o bien se constituyen fuera de lo que presupone su aplicabilidad universal.

El programa derridiano (siempre y cuando no se entienda programa "en el sentido teleológico o mecanicista del término") de *solicitud* (esto es, de hacer

“temblar en su totalidad”) del pensamiento tradicional occidental, del discurso filosófico en su conjunto, se concreta ya en el proyecto gramatológico: la gramatología es la posibilidad de una “ciencia general de la escritura” (Peretti della Roca 1989, 69)

Y también sin entender “ciencia” como un compromiso a satisfacer. En palabras de Culler: “Gramatología, Derrida ha dicho, no es una disciplina nueva que pueda reemplazar una semiología logocéntrica” (Culler 1979, 80). En realidad, Derrida hace una profunda reflexión en el modelo del signo saussuriano, que intenta establecer toda una ciencia del lenguaje, deteniendo en su conformación como “no-signo” y recurriendo posteriormente a Rousseau para “complementar” esto. Esta doble fuente observada en *De la grammatologie* resulta por demás interesante para nuestro análisis como veremos, ya que lejos de precisar el establecimiento de una ciencia al modo tradicional, el suyo constituye un proceso teórico-práctico advertido como “un programa, programa que abre la posibilidad de una teoría general de la escritura” (Peretti della Roca 1989, 70). De manera que en lo futuro habrán de ocuparnos sobre todo estos dos aspectos que componen el análisis derridiano y que representan las dos bases sobre las que se asienta su análisis. Primeramente, es necesario estudiar los elementos concernientes a la intervención saussuriana tales como logofonocentrismo, presencia, ausencia, huella, *différance*, a partir de su establecimiento, para después analizar su articulación en el *Essai sur les origines des langues* de Rousseau. Tal acercamiento nos permitirá perfilar el hecho teórico-derridiano a través de su caracterización como instancia constituyente y constitutiva, como contenido y como continente de una serie de procesos destinados al conocimiento del objeto.

La diferencia derridiana del signo saussuriano

Le système de langue associé à l'écriture phonétique-alphabétique est celui dans lequel s'est produite la métaphysique logocentrique déterminant le sens de l'être comme présence. Ce logocentrisme, cette *époque* de la parole pleine a toujours mis entre parenthèses, *suspendu*, réprimé, pour des raisons essentielles, toute réflexion libre sur l'origine et le statut de l'écriture, toute science de l'écriture qui ne fût pas *technologie et histoire d'une technique*, elles-mêmes adossées à une mythologie et à une métaphorique de l'écriture naturelle. [...]

Mais inversement, comme nous l'annoncions plus haut, c'est au moment où il ne traite plus expressément de l'écriture, au moment où sur ce problème il a cru fermer la parenthèse, que Saussure libère le champ d'une *grammatologie générale*. Qui non seulement ne serait plus exclue de la linguistique *générale*, mais la dominerait et la comprendrait en elle. (Derrida 1967, 64)

En este pasaje, es posible observar lo que será uno de los objetivos fundamentales anunciado por Derrida en *De la grammatologie*: el papel de la escritura en la teoría saussuriana del signo. En el binomio saussuriano, *significante/significado*, la voz juega el papel de vehículo mismo del *significante*. Es ella la que asume la responsabilidad de comunicar el *significado*. Por otra parte, la escritura, aquella forma de representación sobre el papel, no comparte un rango igualitario a la palabra en esta teoría. Para Saussure, aquella primera no es sino "la representación" de la segunda, por lo que "la escritura será siempre derivada, sobrevenida, particular, exterior, redundante del *significante fonético*" (Derrida 1967, 45-46), en resumidas cuentas, un representante ulterior de una instancia primigenia — parlante se entiende—, que no de la expresión, deviniendo como tal un "archireferente". Este doble referente es contraparte de la "palabra en sí", es decir, la voz, expresión propia del *significado*. Y es que por naturaleza "la voz se encuentra lo más cercana del *significado*" (Derrida 1967, 22), ella es expresión pura, mientras que la escritura, al no poder ser sustentada más que secundariamente, es decir a través de grafemas, no cobra

inmediatez así como tampoco presencia, sino que significa suspensión, espacio, vacío, ausencia. “La escritura es la disimulación de la presencia natural y primera e inmediata del sentido para el alma en el *logos*” (Derrida 1967, 55). En este sentido, la *fonè* (la expresión) y el *logos* (lo que se quiere expresar) se encuentran estrechamente ligados por medio de la presencia; ella está en él, y él en ella; se trata de “aquella tradición que Derrida denomina metafísica de la presencia” (Peretti della Roca 1989, 35). Ambos puntos se sugieren en proximidad a grado tal que la voz se convierte en la representación misma del significado, deviniendo al punto una entidad presente en él, lo cual le hace partícipe del “objeto mismo” (Derrida 1967, 22). Esto se entiende en el hecho de que la voz sea producción natural del pensamiento, una proyección interna, coordinada en “aliento” prístino, donde puede apreciarse una segunda articulación ahora “pneumatológica”, “presencia plena y veraz de la palabra divina en nuestro sentimiento interior”, el cual no es sino el *logos* en presencia (Derrida 1967, 29). Ahora bien, el *logos* es asociado de continuo a la verdad metafísica, al *cógito primo*, trascendental (Derrida 1967, 33), y en esta intersección es que se unifica la dicotomía como una sola instancia: el “logofonocentrismo”. “El logocentrismo se determina, por lo tanto, como fonocentrismo, esto es, como proximidad absoluta de la voz y del ser, de la voz y del sentido del ser, de la voz y de la idealidad del sentido” (Peretti della Roca 1989, 34). El acto representativo por excelencia de este fenómeno es un “oírse-hablar” (“*s’entendre-parler*”) que “implica una voz silenciosa que no necesita de nada para ser, denotando así la ilusión de la impresión directa del pensamiento.” (Peretti della Roca 1989, 32)

Esta política logofonocentrista presente en la teoría del signo lingüístico es de suma importancia en el trabajo derridiano, ya que establece una doble articulación al interior de

su propia teoría. A un tiempo, el *logos* como tótem del significado y la *fonè* como tótem del significante son modulados en elementos reguladores y formuladores de un orden.

Le système de “s’entendre-parler” à travers la substance phonique —qui *se donne* comme signifiant non-extérieur, non-mondain, donc non empirique ou non-contigeant— a dû dominer pendant une époque l’histoire du monde, a même produit l’idée du monde (Derrida 1967, 17)

En torno a este eje logocéntrico es que gira la concepción general de lenguaje, el signo lingüístico en particular. Aunque, por otro lado, esta presencia tiránica nulifica precisamente lo que intenta establecer: aquel “centrismo” que la sostiene. Este logofonocentrismo (oírse-hablar absoluto) encuentra en su misma hegemonía tiránica, de cuyo entorno es fuente, origen, significación, vida, las raíces de su propia destrucción, ya que el acto de distinguir tales mecanismos de estructuración/conformación abre la posibilidad (deconstructivista) de diferir dichos procesos.

La precariedad de las oposiciones conceptuales metafísicas pretendidamente evidentes o naturales, la reducción tradicional de la escritura y el uso-abuso que de ella se ha hecho son estratégicamente desmontados por Derrida en su intento de acabar con el mito de la palabra original, con el mito de la plenitud del ser, de sentido, es decir, de la presencia. (Peretti della Roca 1989, 59)

Evidentemente lo que propone Derrida no es una demolición del orden logocéntrico o una contravención de su dominio (Culler 1979, 80), dado que no se trata de un gobierno ejercido sino de un acatamiento de la presencia; lo único que hace Derrida es desplazar su cumplimiento, como veremos un poco más adelante.

Ahora, esta metafísica de la presencia, puesta en evidencia por la dicotomía voz/escritura, abre la posibilidad de concebir mecanismos subyacentes en la producción lingüística. Derrida aborda la constitución del signo no por lo que éste expresa, sino por lo

que calla. El signo se presenta a través de la impronta dejada a su paso, impronta o *huella* que es su ausencia.

Cada signo se define no por sus propiedades esenciales o convencionales sino precisamente por las diferencias que lo distinguen de otros signos: el signo es una unidad relacional. Así, puede afirmarse que Saussure define la identidad más en términos de ausencias comunes que de presencia. (Peretti della Roca 1989, 52)

El concepto de *huella* es de una importancia capital en el dominio derridiano. Queda claro que el concepto de signo en la teoría saussuriana se basa en la diferencia del otro, lo que permite distinguir “perro” de “berro”, el cual término toma distancia a su vez de “cerro”, y así sucesivamente. En el sistema saussuriano no hay presencia, al menos no lingüísticamente hablando, sino aquello que se diferencia, lo que es *no-en-sí*. Es este carácter diferencial en realidad, la *huella*, lo que permite la distinción al interior de un sistema de designación, en este caso el lenguaje, constituyéndose como una cadena interminable de referencias recíprocas concebidas como huellas previas. En efecto, bajo este esquema, “la diferencia como espaciamento da cuenta de la lengua como sistema articulado” (Peretti della Roca 1989, 53). Derrida continúa su trabajo sobre este supuesto.

Al concepto monolítico de la constitución lingüística sostenido en una diferencia arbitraria del signo, él opone un sistema de relaciones virtuales basadas en un principio activo. “La inmotivación de la huella debe ser ahora entendida como una operación y no como un estado, como un movimiento activo, una de-motivación, y no como una estructura dada.” (Derrida 1967, 74) La diferencia nodal entre ambas concepciones parte de la huella dejada, sin duda, pero antes que suponer un origen definido y estable de ella (un pie para, un original que ascienda al *logos*), la huella es el rastro de otra huella ya borrada.

[E]l rastro singular de la huella derridiana es precisamente la *imposibilidad de encontrar originales en su presencia inmediata*. [...] Cada huella es la huella de una huella y así hasta el infinito. (Peretti della Roca 1989, 72).

De modo que, “si todo comienza con la huella, no hay con todo huella original” (Derrida 1967, 90), así el original, la fuente a la que lógicamente regresaría toda ausencia, queda nulificado y en su lugar se establece una serie infinita de huellas que se clausuran, “que se borran” sucesivamente pero que no se bloquean, lo que comunica una dinámica ocurrida en el espacio-tiempo sin ser proveniente ni encontrar raíz en original alguno; es decir, se trata de un acto no-original, la llamada *différance* derridiana.

Sans une rétention dans l'unité minimale de l'expérience temporelle, sans une trace retenant l'autre comme autre dans le même, aucune différence ne ferait son œuvre et aucun sens n'apparaîtrait. Il ne s'agit donc pas ici d'une différence constituée mais, avant toute détermination de contenu, du mouvement *pur* qui produit la différence. *La trace (pure) est la différence*. Elle ne dépend d'aucune plénitude sensible, audible ou visible, phonique ou graphique. Elle en est au contraire la condition. Bien qu'elle *n'existe pas*, bien qu'elle ne soit jamais un *état-présent* hors de toute plénitude, sa possibilité est antérieure en droit à tout ce qu'on appelle signe (signifié/signifiant, contenu/ expression, etc.), concept ou opération, motrice ou sensible. *Cette différence n'est donc pas plus sensible qu'intelligible et elle permet l'articulation des signes entre eux à l'intérieur d'un même ordre abstrait* (Derrida 1967, 92) [Las últimas cursivas son nuestras]

Anteriormente hemos observado la relación que guarda el signo saussuriano con el concepto de logocentrismo, su carácter bipartito, significante/significado, interior/exterior, en donde la escritura permanece excluida en vista de su participación “anexada”, “sobrevenida”. Ahora, para Derrida, la premisa aristotélica —y posteriormente saussuriana— de que la escritura es el “signo del signo”, lejos de presentar una carencia, “describe al contrario el movimiento del lenguaje”, “el juego del significante de significante”.

Le signifié y fonctionne toujours déjà comme un signifiant. La secondarité qu'on croyait pouvoir réserver à l'écriture affecte tout signifié en général, l'affecte

toujours déjà, c'est-à-dire d'*entrée de jeu*. Il n'est pas de signifié qui échappe, éventuellement pour y tomber, au jeu des renvois signifiants qui constitue le langage. L'avènement de l'écriture est l'avènement du jeu; (Derrida 1967, 16)

un partido de interminables reenvíos que libera ciertamente la caída predestinada en el *logos*,

no en tanto que pueden darse significantes sin significado sino en la medida en que resulta imposible que los significados sean últimos y definitivos, esto es, trascendentales e independientes del sistema en el que se hallan. (Peretti della Roca 1989, 79)

Ahora, en todo esto debemos resaltar la importancia de los elementos presentes en la teoría deconstructivista como modelizadores. De manera concreta, Derrida expone una subversión del conocimiento estatuido de la teoría saussuriana a través del replanteamiento potencial y oposicional del signo lingüístico, lo que él en sí comporta. Reformula el conocimiento convenido sobre el signo a partir de su dicotomía significante/significado reconfigurando el sistema desde su interior en un juego de significantes que describe tanto a la escritura como a la voz en un *no-origen*. No existen los originales para Derrida. Los mismos elementos que refieren su establecimiento son los que al mismo tiempo difieren su presencia; y esto afecta a todo el sistema lingüístico. A partir de una falla aludida a la escritura como "signo del signo", Derrida demuestra que en realidad el signo mismo se basa en la *différance*, en expresar lo que es de él lo otro, lo que se dice sin querer decir.

Où et quand commence...? Question d'origine. Or qu'il n'y ait pas d'origine, c'est-à-dire d'origine simple; que les questions d'origine transportent avec elle une métaphysique de la présence, c'est bien ce qu'une méditation de la trace devrait sans doute nous apprendre. (Derrida 1967, 109)

Estos resultados condensados de la obra de Derrida son fruto de una inspección meticulosa en la teoría saussuriana, por lo que pareciera que tal proceder se aplica y cobra forma únicamente en este ámbito. Se desprende entonces que las conclusiones derridianas

son endémicas de la constitución del signo lingüístico, acercamiento que privilegiaría más bien una revisión e incluso remoción del signo antes que fundar algo así como un nuevo tipo de crítica literaria llamada deconstructivista. El resultado teórico, el hallazgo de la huella, la *différance*, el no-origen, la metafísica logocéntrica en el lenguaje, etc., son de/para/por y en el signo lingüístico. Su aplicación en terrenos como la literatura, la cultura, la política u otros pareciera secundaria, anexada. Sin embargo, el ensayo de *De la grammatologie* no termina ahí.

Derrida, Rousseau y el *Essai sur l'origine des langues*

¿Lo que en este punto nos empuja a abordar Derrida tiene más que ver con su postura teórica o con la conformación de su proceder mismo? Al tomar los ojos a *De la grammatologie*, entre su asincopada exposición, que es clásica en este autor, se precisa una reconsideración-contribución a la teoría del signo y a la constitución de la escritura como acto suplementario. Esto desde un acercamiento a sus postulados. Aunque, por otro lado, es posible encontrar una orientación crítica de lo anterior en el marco de un texto particular. No menos importante en *De la grammatologie*, y en ciertos aspectos igual, es el capítulo destinado a *Essai sur l'origine des langues* de J.-J. Rousseau. El acercamiento que hace Derrida de este texto pareciera encontrarse determinado a causa de que fue su autor “el único o el primero en hacer un tema y un sistema de la reducción de la escritura, tal como se encontraba profundamente implicada por toda una época” (Derrida 1967, 147). Sin embargo, ¿por qué este escrito precisamente?, ¿por qué una referencia del siglo XVIII si tan

a la mano otras, quizás aún más completas, se hallaran?, ¿qué hay en Rousseau que sea de tal modo indispensable para constituir un texto “ejemplar” en el análisis de Derrida? Y referente al tipo de discurso sostenido por Rousseau: ¿debemos considerar tal ensayo a partir de la adscripción filosófica de su autor o quizás a través de una postura lingüística que pareciera inaugurar? Y ya para finalizar: ¿la literatura en qué momento entra? Pero no nos alejemos de nuestro punto de partida. Volvamos a Derrida y Rousseau y a su participación en el otro. Por una parte, se podría aventurar que el *Essai sur l'origine des langues* ejemplifica el análisis derridiano en muchos sentidos, es decir, habría que considerar que el primero valiera sólo como una aplicación de lo que hemos visto más arriba, una aplicación de metodologías. Pero también es cierto que gran parte de lo apuntado por Derrida acerca de la teoría del signo encuentra un fuerte impulso en Rousseau, por lo que su función no sería utilitaria sino fundamental. El concepto de “suplemento” se encuentra ya expresado en Rousseau y Derrida no duda en otorgárselo puntualmente (Derrida 1967, 17). Ciertamente la relación entre ambos lejos de resultar esclarecida apunta en la dirección de un fértil debate. ¿Derrida lee a Rousseau o éste es “el lugar donde debemos invertir el proceso interpretativo y empezar a leer a Derrida a partir de Rousseau” (De Man 1990, 195)? Aquí la pregunta tiene más de fundamental que de paradójica. Avancemos en esto.

Partamos de una postura utilitaria como vía de acceso. Siguiendo a su autor (Derrida 1967, 145), hemos mencionado que Rousseau “ejemplifica” el análisis desarrollado en *De la grammatologie*; “ejemplo” de proceder sin duda, pero ¿proceder deductivo, ilustrativo, constitutivo de los hallazgos? En el sentido más amplio de “ejemplo”, la pertinencia de Rousseau quedaría expresada como un vínculo que permite la exposición teórica de

Derrida. Recordemos que los caminos que condujeron a la formulación del concepto de huella, *différance*, presencia, etc., se encuentran claramente definidos en la confrontación con la teoría del signo saussuriana desde el primer capítulo de *De la grammatologie*, con lo que, al momento de su incursión en el ensayo, su postura cara a la metafísica de la presencia sale a relucir sin mucho esfuerzo. El llamamiento a la ejemplaridad ilustrativa quedaría establecido entonces como la designación de estas unidades teóricas preconcebidas al interior de su discurso, accionando el juego de correspondencias. La huella, el interior-exterior, la *différance*, están presentes en el *Essai sur l'origine des langues* a causa de encontrarse naturalmente enclavado en el sistema logocéntrico. En este orden de ideas, la propuesta deconstructivista ejercida sobre el texto de Rousseau estaría dada anteriormente y sólo sería preciso encontrar sus manifestaciones comprobables. Ahora, este proceder no puede sino dejar insatisfecho a más de uno. Como tal, la posibilidad de encontrar en el análisis roussoniano algo más que comprobaciones, se presenta como algo inmanente al trabajo de Derrida. Una participación activa de este "ejemplo" se propondría así como el desarrollo mismo de los procesos que llevan a las promulgaciones hechas sobre el sistema de escritura en general. El análisis derridiano constituiría un propulsor de las potencialidades contenidas en el texto de Rousseau, las cuales a su vez devienen constituyentes de la teoría derridiana, a modo de una retroalimentación. Sin ir más lejos, será el propio análisis quien demuestre el tratamiento hecho sobre el material.

Derrida analiza la teoría del signo en las primeras páginas de su estudio. Posteriormente su desarrollo se bifurca en lo que se refiere a la introducción de Rousseau y su obra, principalmente del *Essai sur l'origine des langues*, lo que no evita que recurra

eventualmente a otros textos como *Emile*, *Confessions*, ciertos artículos de *L'encyclopédie*, e incluso su correspondencia y *Le contrat social*. Así, Derrida pasa de la escritura a la voz, de la voz a la presencia, de ella al *logos*, del *logos* al signo, a Saussure, a la lingüística, a Lévi-Strauss, y finalmente a Rousseau, poniendo en relación la característica que tales entidades comparten: su adscripción como elementos de una metafísica logocéntrica. En páginas anteriores hemos revisado el caso de Saussure, pero ¿por qué pasar a un filósofo del siglo XVIII intermediando antes un etnólogo estructuralista del siglo XX? “¿Por qué hacer jugar esta pregunta [la escritura como juego de significantes ante el tótem logocéntrico] en la afinidad o la filiación que encadenan a Lévi-Strauss con Rousseau?” (Derrida 1967, 149) La pertinencia de Lévi-Strauss en el texto derridiano introduce una noción que parece ir más allá que el simple “roussianismo declarado y militante” de sus textos (Derrida 1967, 155).

En el análisis de Derrida, Lévi-Strauss comunica a Rousseau en un modo relacional. Se trata de una cuestión de genealogía, pues según Derrida,

Un texte a toujours plusieurs âges, la lecture doit en prendre son parti. Et cette représentation généalogique de soi est déjà elle-même représentation d'une représentation de soi (Derrida 1967, 50).

El ensayo de Rousseau es una reflexión detallada de la escritura en el lenguaje llamada a la “ejemplaridad” a causa de ocupar un lugar preponderante en “la historia de la metafísica”, en la “determinación del ser como presencia”, en breve, en la historia logocéntrica (Derrida 1967, 145). Su ocurrencia en un momento histórico y filosófico preciso viene a tomar parte de esta historia de la metafísica correspondiéndose con otras “ejemplaridades” ocurridas ante y posteriormente a ella, dibujando así una línea de pensamiento distintiva: “el concepto de análisis, de génesis, de origen, de naturaleza, de signo, de palabra, de escritura, etc.”

(Derrida 1967, 150-151) Ahora, según Derrida, esto no tiene por qué conducir forzosamente a una reintegración teleológica en el *logos*. Antes bien, él intenta diferir esta suposición reintegrando la pertinencia de estos textos “como el ejemplo en la serie y no como el modelo regulador” (Derrida 1967, 151). Lévi-Strauss conduce a Rousseau en un grado “ejemplar”, que no “original”. Ambos se insertan en una serie de discursos tocantes al tema de la escritura en el lenguaje, los cuales se remontan hasta el *Fedro* de Platón (Derrida 1967, 147). En ello va Derrida. Aborda a Rousseau luego de haber planteado su crítica al signo saussuriano y haber echado un rápido vistazo a “La clase de escritura” de Lévi-Strauss. Llega a él como se llega a un eslabón a fuerza de recorrer la cadena en sentido inverso. En efecto, “Rousseau es considerado como un eslabón en una cadena que clausura la era histórica de la metafísica occidental” (De Man 1990, 185), aunque, como hemos visto, no podamos referir su participación como clausura sino como esclusa. Como el paso por Lévi-Strauss, Saussure, Hegel, Nietzsche, Platón, el paso por Rousseau es incidental y no originario. El *Essai sur l'origine des langues* encuentra lugar en el proceder derridiano como parte de esta *différance* que involucra los elementos sin reposar en ninguno. Se trata de un “movimiento” clásico en el modelo teórico-derridiano. Si observamos a detalle la anterior secuencia, notaremos una naturaleza activa que recorre este modelo y que intenta sustraerse en cierta medida al establecimiento o la necesaria fijación supuestos por la historia de la metafísica, en una palabra, el logocentrismo. En realidad, el discurso derridiano cobra forma a partir del sentido dinámico que sostiene su mismo decurso. Como menciona Jonathan Culler

Derrida's discourse is a series of strategic manoeuvres and displacements in which he modifies his terms, producing a chain of related but non-identical operators —

différance, supplément, trace, hymen, espacement, greffe, parergon, etc.— to prevent any of them from becoming concepts of a new science. (Culler 1979, 80)

Ahora bien, es posible reconocer un doble tratamiento en lo anterior. Si por una parte, ubicamos la intervención roussoniana en una secuencia de correspondencias, su participación se hace necesaria en esta cadena cuando no “imprescindible”, pues de otra manera se pondría en riesgo la relación consecutiva, “filial” de los elementos. De suerte que el concepto de *différance* parece involucrar algo más que una simple utilidad para desmontar la participación logocéntrica del signo saussuriano, actuando también como un proceso caracterizable de teórico en el análisis desarrollado por Derrida en el que él mismo se inscribe. Detengámonos precisamente en esto, tomando en consideración el estudio sobre Rousseau y sus aportaciones a la formación de la escritura.

Partamos del corolario roussoniano: “Las lenguas están hechas para ser habladas, la escritura sirve sólo de suplemento para el habla” (Derrida 1967, 207). Esta afirmación es común con la postura saussuriana y aristotélica del “signo del signo” expuestas anteriormente. Así, la escritura queda constituida como una actividad agregada, “suplementada” a una producción original que, en principio, se encuentra plena, aunque esto sólo en apariencia. Culler explica el suplemento rousso-derridiano de la manera siguiente.

La relación entre el habla y la escritura nos provee de una estructura que Derrida identifica en una buena cantidad de textos y que denomina usando un término que Rousseau aplica a la escritura, una lógica del “suplemento”[...] El suplemento es una extra no esencial, añadido a algo completo por sí mismo, pero el suplemento se añade para completar, para compensar de una falta con la que se supone se completa a sí mismo. (Culler 1982, 93-94)

Derrida precisa este término aduciendo que “el suplemento se añade; él es un excedente, una plenitud que enriquece otra plenitud, *el colmo de la presencia*” (Derrida 1967, 208)

[Nuestras cursivas]. Y es precisamente esta sobre-presencia la que levanta ámpula, pues “si [el suplemento] colma, es como si se colmara el vacío. Si él representa y hace imagen, es a causa de la falla anterior de una presencia” (Derrida 1967, 208). En efecto, la pertinencia del suplemento viene dada como una requisición inscrita en la presencia misma. Tal es el “escándalo” y la “catástrofe” que anuncia Derrida. Y es que la naturaleza, fuente original de toda producción en el dominio roussoniano, “debería bastarse a sí misma” (Derrida 1967, 209), y sin embargo, esto no ocurre: ella se encuentra incompleta.

Otro ejemplo de esta “suplementación” es el recurso de la educación como herramienta de aprendizaje. El recurso de la educación del niño es un añadido, aunque, como hemos visto, tal proceso deja entrever, a su vez, que la naturaleza requiere “ser completada —suplementada— por la educación para poder ser verdaderamente ella misma” (Culler 1982, 95). Esto nos mueve a pensar que siempre hay una afección de suplementos latentes en cualquier presencia, y más aún, demuestra que es una práctica habitual e incluso inseparable de sí misma. Existe una carencia inmanente al interior de cualquier acto cuyo testimonio es el suplemento que la colma. Tal carencia es concebida como una cadena de suplementos que, espacios vacíos, ausencias, componen en sí una no-presencia, un no-origen. El original es entonces un no-origen, aquello que suple la ausencia y que nos lleva a otra referencia que es igualmente ausencia: una cadena que tiene una filiación patente con el proceso advertido en la teoría de la huella y en el concepto de la *différance* en su momento expuestos. La referencia al signo, a la naturaleza, al lenguaje, a “Maman” en Rousseau, se da por medio de su relación inmanente con su carencia, la “falla anterior” que origina su presencia. Así, se vuelve absolutamente necesaria la participación del suplemento, de aquello que es no-siendo.

A travers cette séquence de suspensoides s'annonce une nécessité : celle d'une enchaînement infini, multipliant inéluctablement les médiations supplémentaires qui produisent le sens de cela même qu'elles diffèrent : le mirage de la chose même, de la présence immédiate, de la perception originaire. L'immédiateté est dérivée. Tout commence par l'intermédiaire, voilà ce qui est "inconcevable à la raison". (Derrida 1967, 226)

Ahora bien, esta sucinta exposición de ciertas propuestas referidas en la obra de Rousseau por Derrida no nos instruye en una certidumbre frente a nuestra duda primera. ¿Cuál es el objetivo de este "ejemplo"? ¿Ilustrar, concretar, completar, "suplementar"? Se puede afirmar que Derrida lee a Rousseau, pero si esta lectura confirma que la lengua, al igual que la escritura, es un suplemento y que no hay original, tal inserción en el análisis cobra el cariz de una reproducción de propuestas anteriormente concertadas, es decir, de una comprobación sobre el apunte al signo saussuriano. Sin embargo, apostando por una relevancia subyacente, no nos es posible especificar una trascendencia del texto roussoniano en la obra de Derrida al detener únicamente en su confrontación con la teoría del signo, la metafísica de la presencia y la escritura frente al habla. Si bien es cierto que Rousseau escribe sobre estos temas —sin detallar lo acertado o errado que pudiera ser— y se inserta en una serie de pensadores de ascendencia lingüística, también se sustrae y cobra importancia como modelo de una teoría en Derrida al momento en que involucra una segunda actuación: el texto en sí como objeto de estudio.

Si como sugiere Paul de Man, "la mayor parte de su análisis [de Derrida] trata de la demolición gradual de la teoría roussoniana de la presencia bajo el choque de su propio lenguaje" (De Man 1990, 184), entonces nos encontramos ante una introspección hacia Rousseau a través de Rousseau y contra Rousseau. Su propio texto es su rival más férreo. Ciertamente Derrida detiene en Rousseau y lo aborda en sí mismo aportando una "lectura"

notable de sus obras (De Man 1990, 187). En este sentido, se trata de un acercamiento basado en el discurso textual y sostenido por un tipo de análisis que le es propio o que tiene raíz en sus propios límites. Estamos hablando de una lectura en el más profano de los entendimientos. El acercamiento que emprende Derrida es, en principio, de tipo crítico, sólo que, como apuntamos en un comienzo, tal introspección al texto presenta características particulares, deconstructivistas por lo demás. En realidad, se busca

que los textos se enfrenten a las reglas de sus propias lógicas internas, donde se procede a ubicar la aporía, el apunte climático de ambigüedad, donde la significación alcanza un impasse, y desde ese margen se intenta reposicionar el texto en relación a otras coordenadas o códigos no previamente previstos. (Jofré 1987, 25)

Reconozcamos este proceder en un lugar y un momento precisos en el texto de *De la grammatologie*.

En el capítulo IV, a decir del surgimiento de la escritura alfabética o fónica, a más de su incorporación como suplemento, Derrida concibe este proceso partiendo de la diferencia con las otras prácticas pictográficas (Derrida 1967, 412) e ideo-fonográficas (Derrida 1967, 414) y desprendiendo a su vez que “un signo representando una cosa nombrada en su concepto cesa de remitir al concepto y no guarda más que el valor de un significante fónico”; en breve, se trata de una “repetición en bloque”, “masa significante y masa significado” (Derrida 1967, 422). En este tipo de escritura, el grafema ya no tiene relación directa con el significado sino con el sonido al cual vuelve. “Las letras que por sí mismas no tienen ningún sentido, no significan más que significantes fónicos elementales que sólo cobran sentido uniéndose según ciertas reglas.” (Derrida 1967, 423) Estas reglas son precisamente aquellas del juego de significantes desarrollado anteriormente. Ahora bien, este hallazgo no es suyo, al menos no en primicia. Si continuamos con la lectura,

aparece la cita de Rousseau introduciendo el concepto (Derrida 1967, 423). Observando esta aportación, podemos volver atrás y reconocer otros conceptos declaradamente roussonianos, tanto en nominalización como en empleo, con lo cual sería Derrida quien ahora se inserta en la cadena, deviniendo un seguidor de Rousseau. En realidad, encontramos una relación mucho más estrecha entre ambos textos que va más allá de la simple explicación de posturas contenidas en Rousseau. Conceptos como “libertad”, “mudez”, “circulación”, el mismo “suplemento”, etc., conforman toda una red de correspondencias extendiéndose a momentos anteriores del discurso roussonianos. Derrida los retoma sin ocultar en ningún momento su origen, al tiempo que los articula en otro discurso que sobrepasa los límites de aquel que le es inmediato: la metafísica de la presencia no sólo concierne a Rousseau sino a un tipo general de pensamiento. “En su relación con la escritura, Rousseau no está dominado por sus necesidades y deseos propios, sino por una tradición que define el pensamiento occidental en su totalidad” (De Man 1990, 185). Esto nos lleva a concebir el suyo como un proceso, de primera mano, inductivo. En efecto, Derrida parte de un caso en particular para desbordar en el conjunto. Pero éste no se establece como la instancia última de su prosecución. Él entra y sale a gusto del texto constituyendo una doble vía que nunca deja de transitar. La defensa de la escritura y la exposición de la gramatología se promueven seguramente, aunque también no cabe duda que el objetivo principal sigue siendo el ensayo de Rousseau, su “adscripción a” y su “constitución de” esta metafísica: un acto doble de análisis. El *Essai sur les origines des langues* significa el modelo a inteligir, a encontrar su relación en esta cadena, no a través de lo que hubo o debió haber dispuesto Rousseau, sino como lo que quiso decir pero no dijo.

Rousseau dit A, puis il interprète, pour des raisons que nous devons déterminer, A en B. A qui était déjà une interprétation, est réinterprétée en B. Après en avoir pris acte, nous pouvons, sans sortir du texte de Rousseau, isoler A de son interprétation en B et y découvrir des possibilités, des ressources de sens qui appartiennent bien au texte de Rousseau mais n'ont pas été produites ou exploitées par lui, auxquelles, pour des motifs eux aussi lisibles, il a, par un geste qui n'est ni conscient ni inconscient, *préféré couper court*. (Derrida 1967, 434)

De modo que “¿Es necesario, pues, atribuir la última palabra a Rousseau o a Derrida, dado que los dos dicen, de hecho, lo mismo?” (De Man 1990, 211). Para responder esto habrá que reconocer al interior de *De la grammatologie* una doble integración del *Essai sur l'origine des langues*. Si bien en un principio pareciera tratarse de un estudio más bien lingüístico-filosófico en relación a la teoría del signo, paralelamente encontramos un “suplemento” a esto bajo la forma de “ejemplo” que sobrepasa la simple relatoría o correspondencia de elementos y origina una recomposición de lo hallado anteriormente. Y es que la línea conductora que se extiende en ambas direcciones es en sí la posibilidad de ir más allá de lo que ambos dicen. Derrida encuentra en la teoría del signo de Saussure un orden orquestado a partir de ausencias solamente, mientras que en el ensayo de Rousseau se promueven sus aportaciones articulándolas al mismo tiempo en un discurso (re)constituido que permite vislumbrar, “bajo el choque de su propio lenguaje”, características contenidas pero no manifiestas.

Elementos como “huella”, “archireferente”, “juego del significante”, “*différance*”, etc., son hallazgos de una práctica que actúa en tanto que aparato propulsor de tales instancias. En realidad, el trabajo de Derrida, desde un punto de vista teórico, se divide entre los elementos que son producidos, es decir, las hipótesis arrojadas o los términos teóricos, y el esquema mediante el cual ellos fueron realizados, es decir, el modelo. Para Derrida, la manera de representación del no-origen del signo cobra la forma de una

“huella”. Indudablemente no se habla de huella en el sentido estricto del término, sino que tal término opera en tanto que representante de una función, siendo el proceso de distinción un modelo que permite dar cuenta de dicho fenómeno parcialmente desconocido o irresuelto. De este proceso debemos ante todo tener presente que los términos de los que hemos venido hablando no corresponden a instancias fijas en cuanto a un sistema particular. “Suplemento” no es una característica, o al menos no debemos considerarla así, sino que se trata de un concepto que engloba una serie de funciones determinadas. Sólo hasta que entra en un campo de reproducción y cobra aplicación puede resultar caracterizado, como es el caso de “letra”, “escritura”, “masturbación”, “Maman”, “el norte que es el sur”, etc. No hay que perder de vista esta observación, dado que si bien el vocablo “suplemento” carece de valor significante, su abstracción a nivel funcional, de inserción en la constitución teórica, de modelo de intelección, constituye una entidad insoslayable. Ahora bien, tales elementos no se consideran últimos o siquiera pertinentes. Antes bien, la intelección y (re)configuración de ellos en una dinámica que permite reconocerlos involucra no sólo un reordenamiento del conocimiento preconcebido de tales funciones, sino que involucra también una variación en el sistema por entero en tanto que denuncia de la carencia de plenitud del sistema. El concepto de “huella”, de “suplemento”, etc., intervienen en tanto que elementos que descubren una carencia en la intelección del sistema, una falla en su comprensión, sin que por ello se trate de una incomprensión mayor. Sin embargo, su participación, luego de su intelección, se vuelve necesaria toda vez que se hace necesario devolver la estabilidad al sistema. En este punto, la intervención de Derrida para restituir la plenitud del sistema se hace ineludible, sólo que restituirlo a su forma primera no se presenta como algo posible, puesto que la variación debe ser resarcida y no

eliminada. Así Derrida ingresa la corrección al sistema mediante su misma lectura, que en este punto deviene absolutamente fundamental. De tal manera, "Derrida integra el movimiento de su propia lectura en una afirmación fundamental que concierne a la naturaleza del lenguaje en general" (De Man 1990, 181), incluso si, para algunos, en ello reside gran parte de su descrédito.

Finalmente podemos volver sobre nuestra primera inquietud. ¿Es el ensayo de Rousseau un recurso para "ejemplificar" su teoría, o es el resultado de un proceso teórico? Antes que argumentar algún posicionamiento a este respecto debiera ser considerado entre ambos una interdependencia a vistas marcada. Aquellos que ven en Derrida la institución de una crítica contra la metafísica de la presencia mediante el descubrimiento del suplemento y la posibilidad de la *différance*, como hicieron los estudios feministas en su momento, así como aquellos que valoran el análisis efectuado sobre el texto de Rousseau en tanto que modelo de un razonamiento complejo y aporético, no hacen menos que recorrer simultáneamente un carril de esta vía de doble sentido. En efecto, *De la grammatologie* comporta ambas posibilidades. Es al mismo tiempo una teoría en práctica como una crítica desembocando en generalidad —por llamarlo de alguna forma—, siendo posible desde cualquier punto ir de atrás hacia adelante. Vamos de un dentro- a un fuera-del-texto en el más profano de los sentidos. Y esta transposición atafe por completo al sistema y al entre-sistemas. Este *re-venir* lo andado para continuar en lo *por-venir* hay que entenderlo desde la postura de un movimiento que se afecta a sí mismo, movimiento que comunica constantemente la teoría derridiana. Saussure, Rousseau, Derrida, constituyen momentos en este andar, pero también procesos de conocimiento que no están exentos de continuidad, antes bien, su punto de contacto es precisamente el modelo teórico que

producen. El carácter modelizador que constituyen estos puntos es lo que se levanta de más importante como constitución teórica. Este modelo de conocimiento recae y resurge vía la *escritura* de Rousseau, como una posibilidad que podría encontrar cabida en lo literario, en vista de que no pertenece a un sistema en particular, sino que cobra forma como abstracción. Como hemos anotado, el grado de concreción de una teoría viene dada por la puesta en marcha de procesos sobre un sistema. Al momento de poder desplazarse entre sistemas, ya que no adquiere compromiso con ninguno, la teoría establece lazos característicos entre ellos. Se trata de un tráfico que recorre este vínculo y que cobra apariencia de lugar común o implemento teórico. Signo, logocentrismo, política metafísica, *différance*, huella, son caminos que, pese al riesgo o novedad que en su surgimiento representaron, han devenido vías alternas para el acercamiento teórico del texto. Su deterioro y posterior abandono se explica en este mismo tránsito, así como las sucesivas bifurcaciones en su trazo, escollos dejados detrás, otras posibilidades de su misma marcha.

CAPÍTULO IV

Teoría y literatura

Tomando en cuenta lo que hasta este momento hemos venido observando, podemos afirmar que nuestra concepción de teoría en general y en particular su incursión en la literatura, se ha ido ampliando o —vista desde otro ángulo— delimitando. El acercamiento hasta ahora realizado nos permite entender la teoría a partir de dos vertientes inseparables que, preciso es confesarlo, no forman sino un mismo cauce: por un lado, la teoría a través de su constitución misma, y por otro, su participación en medio de un sistema que es al mismo tiempo su objeto de estudio. Estos dos puntos a los que llegamos tienen una particular resonancia que nos remonta a ciertas posturas no pocas veces escuchadas y que resultaría provechoso retrotraer una vez que en ello hemos avanzado. En su ensayo sobre teoría literaria, Terry Eagleton afirma que:

Hay dos formas bien conocidas para que una teoría pueda proporcionarse a sí misma un objetivo claro y una identidad. O bien se autodefine en función de sus *métodos* particulares de investigación, o se autodefine en función del *objeto* de estudio que se investiga. (Eagleton 1983, 234) [Nuestras cursivas]

Método y objeto, ambos conceptos apuntan a un sentido utilitario y teleológico de la teoría, y en la cita aparecen formando un lazo estrecho con “identidad” y “objetivo” respectivamente. Es decir, según esta postura, la teoría sólo puede ser comprendida y emprendida si se cumple en metodología y tiene bien establecido hacia dónde quiere llegar. Ahora bien, el análisis que hemos sostenido todo este tiempo no puede sino alertarnos de lo

arriesgado de este pronunciamiento. Hemos seguido largamente la constitución de teoría a partir de los elementos que intervienen en ella, así como detenido en su caracterización al contacto con la literatura, y en esto, hemos advertido que no es precisamente la implementación, adecuación o surgimiento de metodologías lo que compone su naturaleza. De igual modo, la relación que establece la teoría con su objeto de estudio adquiere trascendencia al poner en relieve esta misma asociación, es decir, no solamente la teoría adquiere características endémicas luego de su incursión en la literatura, sino que también la literatura es afectada por esta requisición teórica de manera perceptible. *¿Qué nos dice la teoría literaria de la literatura?*, debiera ser la pregunta. *¿La literatura es "objeto a saber" u "objeto de saber" al trasluz de la teoría?*, se pudiera ampliar. Tales cuestionamientos resultan ineludibles llegados a este punto. Y aunque en medio de ellos es posible distinguir el eco de una atávica propensión ontológica que intenta dilucidar la naturaleza del hecho literario, éste es el punto mismo que nos permite inflexionar el pensamiento teórico y vislumbrar su función sobre literatura. Detengámonos en esto.

Comencemos por apuntar que: toda vez que un esbozo de teoría ha sido perfilado o de él al menos rastreados ciertos aspectos, podemos adentrarnos en su participación como instancia moduladora entre el objeto y el conocimiento que de él se adquiere, y de este encuentro establecer que la teoría literaria, en tanto que modo general de entender la implementación teórica, estudia el sistema reconocido como literatura, aunque en *lato sensu*, es decir, su estudio alcanza ámbitos que si bien siguen siendo literarios, no son únicamente textuales. El concebir la literatura como un concepto que excede al texto, es considerar también su estudio teórico como la obtención de un cierto "conocimiento literario" que no una circunscripción del hecho literario, pues como apunta César González,

“la teoría es un proceso productor de conocimientos” (González 1982, 74). A favor de un conocimiento literario aunque de manera paradójica, una aproximación teórica al texto precisa, entonces, de un alejamiento del mismo. Se trata de denotar algo más que simples combinaciones lingüísticas o reenvíos semánticos subyacentes en la lectura y adentrarse en su articulación a un sistema y a un supersistema. A la manera de Évelyne Grossman:

Il faudra imaginer un discours théorique qui relie sans faire récit, sans “revenir au père”. Il y a eut d’autrefois des théories que tentèrent de nous faire croire que l’infinie complexité de la littérature se ramenait à quelques fonctions syntaxiques simples. Essayons au contraire de penser une théorie littéraire qui évite le double écueil de la doctrine et de la folie. (Grossman 2000, 23)

En su artículo “Science, philosophie, littérature”, Pierre Macherey hace un interesante pronunciamiento a propósito de la literatura cara al conocimiento: “¿la literatura es lo que produce esta reflexión [del Saber] o es ella su producto?” (Macherey 2000, 133-134) Antes de abordar directamente esta cuestión, es necesario plantear cuál es la correspondencia que establecen la teoría y el Conocimiento en este campo. Como explica el mismo Macherey,

savoir peut s’entendre à la fois au sens des sciences et à celui de la théorie ou, si l’on veut, de la philosophie, selon qu’il y a un savoir de quelque chose, relativement à des conditions déterminées, ou qu’il y a, dans l’absolu, Savoir, dans une forme que n’aurait à la rigueur d’objet que lui-même, ce qui revient à l’installer dans un horizon de généralité illimité. (Macherey 2000, 134)

Sin tomar al pie de la letra esta supuesta “generalidad ilimitada” o verdad trascendental que subyace en el estudio de cualquier objeto, es posible distinguir un aspecto que hemos venido observando en nuestro decurso y que tiene que ver con las bases de toda formulación teórica: su participación como modelo de conocimiento cobrado en sí mismo. En este sentido, podemos considerar que una aproximación teórica desarrolla un cierto tipo de estudio cuya premisa sería el “conocimiento en sí mismo”. En efecto, una perspectiva

que se levanta como infranqueable, siguiendo el esquema que expusimos en los capítulos precedentes, es que la concepción de saber-teórico viene dada como un proceso volcado sobre sí mismo, "cuyo producto son los conocimientos" (González 1982, 74). Este razonamiento originado a raíz de la aplicación teórica, si bien lanzado desde el exterior, tiene lugar y cobra pertinencia únicamente "en sí mismo": "se toma él mismo como objeto" (Macherey 2000, 134). Si en principio la teoría parte de una especulación sobre una instancia externa y real, como podría serlo un texto, una obra o cualquier otro tipo de objeto literarios, esto no significa que, convertida en concepto o resolución teórica, vuelva a encontrar cabida en ese dominio. No nos encontramos ante la respuesta singular a una problemática específica en donde se advierte una función retroactiva en que el postulado retorna o da cuenta de su antecedente. Antes bien, la demora de la teoría como algo que pertenece al orden de lo completado en conocimiento cumple una función perfectamente demarcada que tiene que ver con los modelos de intelección empleados (Borutti 1990, 386).

Así concebida, la teoría literaria implicaría un proceso que va más allá de la simple ejecución de una metodología que pudiera tenerse de cara a un texto literario, e incluso

La fonction proprement théorique de la littérature pourrait d'ailleurs être de nous débarrasser de l'adhésion irraisonnée à une certaine représentation mythique de la "connaissance", de la science et du savoir en général, en tant que forme exclusive. (Macherey 2000, 137-138)

Aunque no hay que entender esto en un grado metafísico, y más bien, deba sobresalir el grado liberador de la teoría que permite concebir este "conocimiento" a partir de un viso extensivo hacia otras áreas. Que la literatura participa activamente en la conformación de Conocimiento es un hecho medianamente aceptado. Y es que cuando referimos Conocimiento no entendemos una manera perfecta y alcanzable de comprensión, sino

aquella vasija rota que nos comunicara Walter Benjamin. Precisamente en sus fisuras, en aquel rompecabezas mental trabaja la teoría; ella significa su (re)construcción. El estudio de la literatura representa, pues, una apertura al conocimiento, un conocimiento vuelto sobre sí mismo, por llamarlo de alguna manera. Aunque, y en esto es necesario ser categóricos, no cualquier tipo de conocimiento. Pensar que la literatura comporta en sí misma todas las piezas del rompecabezas y que sus textos prescriben el modo correcto de ensamblarlas, contravendría lo que apuntamos hace poco. En realidad, únicamente puede atañer a una parte de éste: la parte de conocimiento ocurrida en literatura o, de manera más específica, lo en literatura expresado. Las obras literarias existen como una representación de saber —saber de cualquier cosa—, la cual tiene lugar en medio de otras representaciones; es decir, se trata de distintos modos de realización. Esto se levanta como una aproximación un tanto burda y básica, que sin embargo, de otro modo admitida, redundaría en una generalización que segregaría el quehacer literario. No es necesario desbordar la injerencia y dominio de la literatura allegando atributos de universalidad, sino vislumbrar una realización, literaria por lo demás, de una parte de Conocimiento. La participación de la literatura se encuentra, pues, determinada en medio de un supersistema de referencia que constituye, desde una postura un tanto general, el Conocimiento. Así, el acto de considerar la “literatura” como un sistema relacionado de modo directo con otros sistemas-a-saber, es relatado y a menudo promovido por la teoría literaria como un fenómeno multidisciplinario que advierte no sólo su articulación en “un amplio y complejo fenómeno social y cultural” (González 1982, 114), sino también su recomposición en un esquema exponencial que contribuye a la elucidación de los márgenes de su estudio. Detengámonos un momento en esto.

En efecto, la teoría ha vislumbrado largamente el aspecto multidisciplinario o interdisciplinario de la literatura actuando, por así decirlo, desahogada de su gobierno. La deconstrucción, el dialogismo, la crítica psicoanalítica, mantienen una correspondencia con otras disciplinas allende la literatura no de manera accidental. A partir de lo que hemos observado, podemos considerar una relación incoativa y no fortuita de la teoría literaria con otras disciplinas. Tal desplazamiento no denunciaría una falta de rigor o apego al texto, sino que anunciaría una posibilidad contenida en él, un entrecruzamiento de distintos sistemas interviniendo, actuando o simplemente encontrándose presentes al momento de su realización literaria (escritura, lectura, cognición, reproducción, etc.).

Tenemos, por lo tanto, una estructura asimétrica en la cual "literatura" se contrasta con "filosofía" o "historia" o "periodismo" pero también puede incluir cualquier cosa que se le oponga. Esto corresponde a una experiencia de literatura: creemos que sabemos lo que es literatura pero siempre encontramos en ella otros elementos, y se amplía para incluirlos. No hay nada tan definitivamente no literario que no pueda presentarse en un libro de poemas. (Culler 1982, 161)

En medio de esta red de encuentros —"red interdisciplinaria de relaciones" (González 1982, 128), "entramados lingüísticos, comunicativos y estéticos" o "red de variables sociales y psicológicas" (Mignolo 1986, 43)—, es posible situar la directriz caracterizada en "conocimiento literario" o "expresión de conocimiento literario", aunque no de manera perfecta y unidireccional, dado que los hilos existentes al interior de ella forman lazos con otros sistemas. "El fenómeno literario abarca un campo del cual algunas regiones coinciden con los objetos de diversas disciplinas; por esta razón, el hecho literario no es un objeto unitario." (González 1982, 114) Así el "conocimiento del signo", el "conocimiento de estructura", el "conocimiento de *différance*", etc., unidades distinguibles de un modelo mucho más largo de intelección nombrado *ismo* teórico (formalismo, estructuralismo, etc.),

pueden en algún momento rebasar los márgenes del texto alcanzando otros textos, una serie de textos o similares funciones de filiación literaria reiteradas a lo largo de un entre-sistemas. En dado caso, tal intento significa todavía recorrer el “conocimiento literario”, aunque en esta ocasión fuera de lo que es comúnmente admitido literatura, es decir, fuera de los textos literarios. A manera de corolario, Pierre Macherey apunta que

Sans doute les textes littéraires et les textes philosophiques ne sont pas constitués de la même façon, et n'appellent pas des types de lectures semblables. Mais les problèmes que posent leur compréhension ne sont pas radicalement séparés : ils communiquent entre eux, proprement ils se croisent, se recourent, et on ne voit pas comment ils pourraient continuer à être indifférents les uns des autres. (Macherey 2000, 141-142)

De tal modo arribamos a una expresión teórica de conocimiento contenido o expresado en literatura. Lejos de plantear el objetivo de la teoría literaria como un *dar-cuenta-de-lo-literario*, es preciso contemplarlo a la manera de un análisis operado sobre la literatura cuyo conocimiento es caracterizado en sí mismo y fuera de sí al trasluz de una práctica de intelección (cf. Mignolo 1986, 53-54). Ahora bien, este modelo de literatura desarrollado no tiene que dar cuenta forzosamente de su antecedente como hemos visto. Aunque mantiene las características originales de su fuente, toda teoría se mantiene como una estructura de pensamiento que únicamente nos permite modelizar el objeto de intelección (Borutti 1990, 378). Así, este conocimiento literario se presenta más bien como un *ser-más* de la literatura. No es de la literatura en realidad de lo que estamos hablando — o al menos no en última instancia—, como tampoco se está intentando concretar un esbozo de ella, pues su teorización no es sino un modelo que intenta volver inteligible parte de su constitución, actuación y desarrollo. Como mencionamos un poco más arriba, el

conocimiento obtenido en la práctica teórica es un conocimiento volcado sobre y completado en sí mismo, en vista de que

les modèles scientifiques sont des *représentations*. Ils possèdent un *contenu représentationnel*, puisqu'ils décrivent un certain nombre d'objets —ou plusieurs domaines différents— comme instanciant certaines propriétés et certaines lois. [...] Si nous nous demandons maintenant dans quelles situations le modèle s'applique véritablement —quelles situations il décrit—, nous arrivons à la conclusion paradoxale selon laquelle *il n'en décrit aucune*. (Pascal 2000, 6-7) [Nuestras cursivas]

Ahora bien, tal pronunciamiento pareciera una aberración a estas alturas. Que la teoría literaria no da cuenta de la literatura contradice lo que hasta hace poco afirmábamos. Ante esto, no hay que perder de vista los límites de la participación teórica en el estudio de la literatura. Al momento de configurar un modelo de intelección procedente del objeto de estudio y orientador de su representación, la teoría no da cuenta más que del proceso de modelización que tiene lugar a nivel cognitivo. Como tal, la realización de los procesos de conocimiento empleados, los propuestos de resolución expresados bajo la forma de enunciación y, en breve, la exposición del proceso de identificación del sistema, perfilan más bien una descripción del movimiento de intelección estructurado sobre sí. “Los modelos teóricos se pueden ver no como una representación del mundo, sino como una representación de nuestro campo de acción posible en el mundo.” (Fourez 1998, 49) La injerencia del estudio teórico tiene como límites la realización del hecho literario en tanto que reconstrucción, no el establecimiento de éste. Así, la deconstrucción, los polisistemas, la semiosfera de Lotman, no exponen la concreción, definición y características de la literatura, sino que precisan algo que, en el mejor de los casos, significa su *representación*, su constructo intelectual, ese algo que *es-más* que literatura. Identificar o esperar la identificación de la literatura en el modelo de literatura que expone la teoría literaria es una

de las falacias que comúnmente circundan el estudio de la teoría literaria y que tienden, en mayor o menor medida, a abarcar las observaciones realizadas por las diversas prácticas teóricas. La teoría literaria no responde al concepto de literatura, sino que cuestiona su actividad o realización.

Finalmente podemos precisar un modelo de literatura en que la participación de la teoría desborda la actividad descriptiva de los elementos originales o las prácticas que en su interior tienen lugar, apuntando a una (re)conformación de los mismos en esquemas de planteamiento y resolución diversos. Se trata de *representaciones* cuyo único fin es el (re)conocimiento del sistema. Ahora bien, el movimiento de deducción observado en este proceso involucra un desprendimiento de la parte evidencial, de lo manifiesto. Nos encontramos ante una generalización en el más profano de los entendidos (Mignolo 1986, 21-22), y como toda generalización introduce una incompatibilidad elemental con el total de los casos presentados, o más bien la especificidad que ellos demuestran. Esto nos conduce a un hecho ineludible de la participación teórica en los estudios literarios que tiene que ver con la precisión de su función: que la teoría literaria en general —y en particular las diferentes realizaciones teóricas— produce un conocimiento de literatura irrelatado con las instancias originales de observación desarrollando un discurso autosuficiente, es una proposición frecuentemente argüida cuyo planteamiento resulta de una verdad irrecusable. Por otra parte y como mencionamos desde un principio, éste es el punto mismo en que la admonición resulta constitutiva y pertinente para la elucidación de la función teórica en su realización literaria. En realidad, la compatibilidad o correspondencia de modelos y objetos en un nivel empírico no representa una obligación inminente toda vez que nos encontramos hablando de procesos de orden diverso. Como atiende Walter Mignolo,

La comprensión teórica de la literatura es una actividad cuyos objetivos difieren radicalmente de la comprensión hermenéutica y participativa. Toda teoría literaria es, como hemos visto, una teoría que depende de un *paradigma teórico* ajeno al quehacer literario. El equivalente del paradigma teórico, en la comprensión hermenéutica, podríamos denominarlo *paradigma hermenéutico*. (Mignolo 1986, 52)

La distinción que hace este autor en relación a la comprensión teórica y la comprensión hermenéutica de las obras literarias es pertinente en la medida en que libera la posibilidad de actuación de cada una en esferas de caracterización propias. La función teórica difiere de la función interpretativa no sólo en cuanto se refiere al planteamiento de la problemática, los procesos deductivos o la reflexión de propuestos sobre otros campos, sino en cuanto a la implementación de modelos, el recurso de su representación, la perspectiva de su presencia en medio de un sistema mayor de competencia, etc. Con lo que la insolubilidad de la dicotomía teórico-pragmática que ha conocido tantos y tantos derroteros², lejos de asumir una comanda de unión y adecuación, es preciso abordarla a partir de un estudio de prácticas particulares, de órdenes distintos, procesos específicos y fines privativos. “[E]s verdad que la investigación teórica necesita un cierto grado de independencia frente a las argumentaciones en torno a la necesidad de reformas prácticas inmediatas, incluso para poder tener ella misma alguna utilidad en aplicaciones prácticas.” (Ellis 1974, 20) Asumir al proceso teórico como una posibilidad particular de análisis significa reconocer el trabajo

² Ver Horace Fairlamb, 1986, “Pragmatism and Anti-Theory: The Consequences of Theory”, *MLN*, 101 (5), pp. 1216-1225; Philip Smallwood, 1997, “Criticism and the Meanings of Theory”; Claudia Egerer, 1995, “Experiencing a Conference on Theory”, *New Literary History*, 26 (3), pp. 667-676, sobre todo en lo concerniente a la “*experience of theory*” como “*site of change*” (668-671).

presente en sus textos no sólo como auxiliar sino como protagonista en la configuración del conocimiento literario.

CONCLUSIÓN

Partiendo de lo expuesto en los capítulos anteriores, arribamos al punto de declarar que, contrario al intento de replantear el concepto de teoría literaria a favor de su establecimiento como potencia de análisis, hemos orientado antes bien su conocimiento de manera aislada primero y posteriormente en su aplicación sobre el estudio de la literatura. En el decurso de nuestra investigación, hemos prestado singular atención a aquellos aspectos que participan en la función teórica, los cuales nos han permitido concretar una descripción de ella. Ante todo, convenimos en que la teoría se sustenta en características específicas de las que no puede deslindarse su actuación, como es el caso de su intermediación en tanto que modelo, el ordenamiento de directrices de intelección, la producción de elementos teóricos (términos teóricos) o su demora como simple instancia de esquematización (modelo teórico) antes que instrumento para la obtención de hipótesis sobre una entidad evidente (hipótesis teórica). Ahora bien, tales estadios nos han permitido a su vez representar el perfil de una posible realización de teoría ocurrida en una disciplina concreta como lo pueden ser los estudios literarios.

Esto nos ha llevado a entender la teoría literaria a raíz de la exposición de modelos de intelección que tienen lugar entre el objeto y el juicio obtenido de éste, entre "el libro" y "la literatura" podría decirse. En realidad, como hemos observado, la teoría significa un modo de aprehender el objeto. Como tal, su participación se hace necesaria cuando no inmanente a los procesos de formulación y resolución de cuestionamientos orientados al

discernimiento del objeto, por lo que el entramado teoría literaria viene dado no como una implementación asignada, sino como un cierto tipo de actuación presente en el reconocimiento del objeto. En breve, se trata de un esquema, un proyecto para el entendimiento o un simple convencionalismo metódico del que se parte y que permite la intelección. En este sentido, nos encontramos hablando de lo mismo que, en su momento, otros teóricos apuntaron: aquella generalización que permite situarnos en el hecho literario. Ya René Wellek y Austin Warren habían advertido que “no es posible la crítica ni la historia [literarias] sin un conjunto de cuestiones, sin un *sistema de conceptos*, sin *puntos de referencia*, sin *generalizaciones*”. (Welle 1948, 49) [Nuestras cursivas]

Son precisamente estos “puntos de referencia”, estos modelos los que perfilan un cierto (*re*)conocimiento literario. Ellos actúan en tanto que recurso de generalización que posibilita distinciones elementales al interior del sistema a fin de orientar su descripción. Por otra parte, si bien tales distinciones no son esenciales al objeto en cuestión, es decir, si bien sólo constituyen directrices de reconocimiento instrumentadas, sí forman parte del movimiento de representación ocurrido en el sujeto. Así, es posible argumentar que aquellas distinciones fundamentales en el reconocimiento de la literatura y consideradas de ascendencia teórica parten de este esquema, como la diferencia arqueológica entre la prosa y el verso (“*Aquello que no es prosa es verso*”), la cual no puede ser considerada un rasgo esencial que el texto demuestra en sí, sino que tal recurso funciona únicamente como parámetro de intelección acordado *a priori*, sujeto a revisión y parcialmente incompleto — pues *¿la lectura de la prosa es diferente a la del verso?*, *¿entre ambos importan sólo los criterios morfológicos?*, *¿qué tan pertinente es esta dicotomía de exclusión?*, además de otros cuestionamientos que evidencian la función distintiva en tanto que formulación

inmediata o estructuración elemental de una serie de articulaciones que tienen como marco el modelo teórico.

Lo anterior nos lleva a reconocer que aquellos aspectos de la composición teórica que hemos advertido en nuestro ensayo han sido anteriormente abordados por los teóricos literarios de distintas maneras y atendiendo objetivos de naturaleza diversa. Básicamente nos encontramos hablando de las mismas cosas. En efecto, parte del interés de nuestro ensayo ha sido no rechazar con antelación las posturas que en torno a teoría literaria se levantan, sino, en la medida de lo posible, intentar recoger el movimiento observado en sus aproximaciones encontrando su correspondiente manifestación en el esquema teórico expuesto. De suerte que la deploración en metodología, el supuesto de una generalización clausurada en sí misma, a más de las convenciones antológicas colegiadas, la utilidad pedagógica, la aspiración científica inextinguible, etc., no componen una detracción de la aplicabilidad teórica ni legitiman en mayor o menor medida la pertinencia de ésta, sino que, por el contrario, tales reflexiones abren brecha al momento de describir el movimiento teórico. Su importancia no radica en el hecho de denostar la ambigüedad o inconsistencia de los propuestos teóricos, o de promover un nuevo parámetro para la revisión de la cuestión, sino en el de dar cuenta de las manifestaciones susceptibles de ser caracterizadas teóricas en un discurso de esta índole. La agrupación de las diferentes posturas en torno a la teoría literaria, lejos de orientar una posible solución o disolución a la problemática de la pertinencia de esta última en el estudio de la literatura, corresponde más bien a la pertinencia del cuestionamiento.

Éste es el punto mismo de la inflexión. La teoría literaria comporta y desarrolla abiertamente lo que es correspondido como su más clara falla. Su detracción es al mismo tiempo la afirmación de su existencia. Como Paul de Man reconoce:

Nada puede superar la resistencia a la teoría ya que la teoría misma es esta resistencia. Cuanto más elevados sean los fines y mejores los métodos de la teoría literaria, menos posible se vuelve ésta. Con todo, la teoría literaria no está en peligro de hundirse; no puede sino florecer y, cuanto más resistencia encuentra, más florece, ya que el lenguaje que habla es el lenguaje de la autorresistencia. (De Man 1986, 36)

Como tal, la teoría literaria no precisa ser favorecida, orquestada o siquiera replanteada, sino descrita en la misma composición que actualmente desarrolla a fin de devenir entendible. Nuestro análisis no ha tenido por fin hacer cundir el llamado de la sistematización de una entidad polémica, sino insinuar la estructuración de una práctica latente y madura.

BIBLIOGRAFÍA

- ACHINSTEIN, Peter. 1968. "Términos observacionales". En León Olivé; Ana Rosa Pérez, *Filosofía de la ciencia: Teoría y observación*, México: Siglo XXI, 1989, pp. 330-354.
- ASENSI, Manuel (intr., selección y biblio.). 1990a. *Teoría literaria y deconstrucción*. Madrid: Arcos Libros.
- . 1990b. "Crítica límite/El límite de la crítica". En Asensi, 1990a, pp. 9-78.
- AULLÓN DE HARO, Pedro (ed.). 1994a. *Teoría de la crítica literaria*. Madrid: Trotta.
- . 1994b. "Epistemología de la teoría y la crítica de la literatura". En Aullón de Haro, 1994a, pp. 11-26.
- BORUTTI, Silvana. 1990. "Épistémologie et questionnement: Le modèle en tant que forme de l'interrogation scientifique". *Revue Internationale de Philosophie*, 44 (3(174)), pp. 370-393.
- CULLER, Jonathan. 1979. "Structuralism and Grammatology". *Boundary*, 8 (1), pp. 75-86.
- . 1982. *Sobre la deconstrucción*. Madrid: Cátedra. (1984)
- . 2000. *Breve introducción a la teoría literaria*. Barcelona: Crítica.
- DERRIDA, Jacques. 1967. *De la grammatologie*. París: Les éditions de Minuit.
- DE MAN, Paul. 1971. "Retórica de la ceguera: Derrida, lector de Rousseau". En Asensi, 1990a, pp. 171-216.

- . 1986. *La resistencia a la teoría*. Madrid: Visor. (1990) (Literatura y debate crítico 4)
- EAGLETON, Terry. 1983. *Una introducción a la teoría literaria*. México: FCE. (1988)
- EDWARDS, Paul. 1972. "Laws and Theories". En Paul Edwards (ed.), *The Encyclopedia of Philosophy*, (Vol. 3-4), New York: Macmillan, 1972, pp. 404-410.
- ELLIS, John M. 1974. *Teoría de la crítica literaria: Análisis lógico*. Madrid: Taurus. (1988)
- FOUREZ, Gérard. 1998. *La construcción del conocimiento científico*. Madrid: Narcea.
- GARCÍA BERRIO, Antonio. 1994. "Más sobre la globalidad crítica". En Aullón de Haro, 1994a, pp. 511-541.
- GIERE, Ronald N. 1983. "Testing Theoretical Hypotheses". En John Earman (ed.), *Testing Scientific Theories*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1983, pp. 269-298. (Minnesota Studies in the Philosophy of Science vol. 10)
- GONZÁLEZ, César. 1982. *Función de la teoría en los estudios literarios*. México: UNAM. (Cuadernos Seminario de Poética 7)
- GRMEK, Mirko D. 2001. "Définition du domaine propre de l'histoire des sciences et considérations sur ses rapports avec la philosophie des sciences". *Hist. Phil. Life Sci.*, 23, pp. 5-12.
- GROSSMAN, Évelyne. 2000. "Écritures du suspense (dans quelle langue parle la théorie?)". En Kristeva, 2000, pp. 7-23.
- GUNNELL, Jonh G. 1995. "Realizing Theory: The Philosophy of Science Revisited". *The Journal of Politics*, 57 (4), pp. 923-940.

- JEFFERSON, Ann; David Robey. 1986. "Introduction". En Ann Jefferson (ed.); David Robey (ed.), *Modern Literary Theory: A Comparative Introduction*, London: Batsford Ltd, 1986, 2da. edición, pp. 7-23.
- JOFRÉ, Manuel. 1987. "Poética de la teoría literaria post-estructuralista". *Literatura y lingüística*, 1, pp. 21-28.
- KRISTEVA, Julia (recopiladora); Evelyne Grossman (recopiladora). 2000. *Où en est la théorie littéraire? Actes du colloque organisé à l'université Paris 7 – Denis Diderot, les 28 et 29 mai 1999*. Paris: Textuel.
- MACHEREY, Pierre. 2000. "Science, philosophie, littérature". En Kristeva, 2000, pp. 133-165.
- MCLAUGHLIN, Thomas. 1995. "Introduction". En Frank Lentricchia (ed.); Thomas McLaughlin (ed.), *Critical Terms for Literary Study*, Chicago-London: The University of Chicago Press, 1995, pp. 1-8.
- MIGNOLO, Walter. 1986. *Teoría del texto e interpretación de textos*. México: UNAM. (Cuadernos Seminario de Poética 8)
- MOULINES, Ulises. 2002. "Introduction: Structuralism as a program for modeling theoretical science". *Synthese*, 130 (1), pp. 1-11.
- NETHERSOLE, Reingard. 2001. "The priceless interval: Theory in the global interstice". *Diacritics*, 31 (3), pp. 30-56.
- PASCAL, Anouk. 2000. "Les modèles comme fictions". *Philosophie*, 68, pp. 16-43.
- PERETTI DELLA ROCA, Cristina de. 1989. *Jacques Derrida: Texto y deconstrucción*. Barcelona: Anthropos.

- REYES, Graciela (ed.); Walter Mignolo (colab.). 1989. *Teorías literarias en la actualidad*. Madrid: Arquero.
- RUBIO MARTÍN, María. 1997. "La teoría literaria: Entre la estética y las disciplinas clásicas del discurso". En Seraffín González (coord.); Lilia von der Walde (coord.), *Palabra crítica: Estudios en homenaje a José Amezcua*, México: UAM Iztapalapa-FCE, 1997, pp. 476-483.
- SHOWALTER, Elaine. 1990. "Feminism and literature". En Peter Collier (ed.); Helga Geyer-Ryan (ed.), *Literary Theory Today*, Ithaca-Nueva York: Cornell University, 1990, pp. 179-202.
- SMALLWOOD, Philip. 1997. "Criticism and the meaning of 'theory'". *British Journal of Aesthetics*, 37 (4), pp. 377-385.
- TOUMELA, Raimo. 1973. *Theoretical Concepts*. Nueva York-Wien-Springer Verlag: Library of Exact Philosophy.
- VENIER, Martha Elena. 2002. "¿Literatura sin crítica?". *Boletín editorial de El Colegio de México*, enero-febrero, pp. 3-7.
- VIALA, Alain. 2000. "Théories littéraires, théories du texte et histoire des théories littéraires". En Kristeva, 2000, pp. 201-226.
- WELLEK, René; Austin Warren. 1948. *Teoría literaria*. Madrid: Gredos. (1966)